



*Su Eminencia el Señor Cardenal
de Rohan.*

EL COLLAR DE LA REYNA.

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO VII.



MALAGA.

—
IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

B. 21. 415

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

El Collar de la Reyna.

JUANA PROTECTORA.

El Cardenal de Rohan recibió dos dias despues de su visita á Bœhemer un billete concebido en los siguientes términos:

«Su eminencia el señor Cardenal de Rohan debe saber sin duda á donde ha de comer esta tarde.»

—Ah! es de la condesita! exclamó, llevándose á las narices el per-

fumado billete. Iré á comer con ella.

He aquí la razon por qué Mad. de La Motte pedia aquella entrevista al Cardenal.

De los cinco lacayos que S. E. habia puesto á su servicio, la condesa concedia su distincion á uno de cabellos negros, ojos azules, y otras exterioridades que para la observadora eran síntomas de una organizacion activa, inteligente y tenaz.

Juana hizo venir á su presencia á este hombre, y en menos de un cuarto de hora obtuvo de su docilidad y de su perspicacia todo cuanto queria sacar de él.

El lacayo fué en seguimiento del Cardenal, y volvió á decir á su nueva ama que su Eminencia habia estado dos dias seguidos en casa de MM. Bøhemer y Bossange.

Juana no necesitaba saber mas. Un hombre de la calidad y circuns-

tancias del Cardenal no regatea nunca, y mercaderes tan hábiles como lo era Mr. Bœhemer no suelen dejar escapar fácilmente á los compradores. El collar por lo tanto debia estar vendido á su juicio.

Vendido por Mr. Bœhemer, y comprado por monsieur Rohan.

¡Y este, sin embargo, ni una sola palabra habia dicho á su confidenta, á su querida!

El síntoma era de los mas graves. Juana lo conoció así, y frunciendo el ceño y mordiéndose sus delgados labios, dirigió al Cardenal el billete que acabamos de leer.

M. de Rohan se presentó por la noche en casa de la condesa, haciéndose preceder de un cesto de botellas de Jokay y de algunos otros extraordinarios, como si hubiese ido á comer á casa de la Guimard ó de la señorita Dangeville.

Semejante proceder no podia ocultarse á Mad. de la Motte, cuya

gran penetracion han debido ya conocer nuestros lectores. Abstúvose, no obstante, de darse por entendida, y tuvo la afectacion de mandar que no sirviesen nada de cuanto habia traído el Cardenal: en seguida, entablado con él una conversacion en la cual dejó traslucir cierta ternura, le dijo así que se quedaron solos:

—En verdad, monseñor, que no puedo menos de manifestaros una cosa que me aflige sobre manera.

—¿Cuál, condesa? exclamó el príncipe, afectando una contrariedad que realmente no sentia.

—La causa de mi afliccion es el ver, no solo que ya no me amais, sino que no me habeis amado nunca.

—¡Oh condesa! ¿por qué decís eso?

—No trateis de escusaros, monseñor, porque perderiais el tiempo inútilmente.

—Y para quién seria perdido ese

tiempo? ¿para mí? preguntó el Cardenal con galantería.

—No, para mí, respondió terminante y firmemente Mad. de La Motte : ademas...

—¡ Oh ! condesa ! exclamó el Cardenal.

—Puedo aseguraros , monseñor , que me es de todo punto indiferente ; escusais molestaros por lo tanto.

—¡ Cómo ! ¿ os es indiferente el que yo os ame ó no ?

— Sí.

—¿ Por que ?

—Porque yo no os amo.

—¿ Sabeis , condesa , que no tiene nada de agradable ni de lisonjero lo que acabais de hacerme la honra de decirme ?

—En efecto ; preciso es confesar que no empezamos la conversacion de una manera muy tierna, que digamos : este es un hecho: conste por lo tanto.

—¿Qué hecho es el que ha de constar?

—El de que ni uno ni otro nos hemos amado nunca.

—¡Oh! por mi parte, condesa, no podeis decir eso! exclamó el príncipe con un acento casi verdadero. Yo os he manifestado demasiada estimacion, para que me equipareis á vos en semejantes ideas.

—Vamos, monseñor, dejémonos de tonterias, y apreciémonos lo bastante uno á otro para decirnos francamente la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—La verdad es, que hay entre nosotros un vínculo mucho mas fuerte que el amor.

—¿Cuál?

—El interés.

—¡El interés! ¿estais loca, condesa?

—¡Oh! no me preciseis, monseñor, á que os diga lo que el paleto normando decia á su hijo desde

la borca: Si tú estás disgustado, estálo enhorabuena; pero no disgustes á los demás.» Aplicaos el cuento, monseñor, y no hagais asco á la palabra interés.

—Sea como queráis, condesa, pero aun suponiendo que sea el interés nuestro móvil recíproco, ¿tenéis la bondad de decirme cómo ó en qué puedo yo servir vuestros intereses, y vos los míos?

—Ante todo, monseñor, estoy tentada por dirigiros una queja.

—Decid.

—La de haber tenido en mí poca confianza, y de consiguiente poca estimacion.

—¡Yo! dignaos decirme cómo y cuándo.

—¿Cuándo? ¿Negareis por ventura que despues de haberme sacado tan hábilmente del cuerpo todos los detalles que yo rabiaba por referiros.....

--¿Y sobre qué eran esos deta-

Iles, condesa?

—Sobre el gusto que cierta gran señora habia manifestado en poseer cierta cosa. Supongo que no me negareis que os habeis apresurado á satisfacerla ese gusto, sin darme parte de ello.

—¡Yo! ¡sacaros esos detalles, adivinar el deseo que cierta gran señora manifestaba por cierta cosa, y satisfacer ese deseo!... ¿Sabeis, condesa, que sois un verdadero enigma, una esfinge? ¡Ah! hasta aqui habia visto el cuello y la cabeza de la muger, pero no las garras del leon. Segun parece, vais á mostrármelas ahora. Sea.

—¡Bah! no creais tal, monseñor. No es mi ánimo mostraros nada, puesto que ningun deseo manifestais de reparar en ello. Lo que sí haré será daros simplemente la palabra del enigma; es decir, que los detalles se refieren á lo que en Versailles ha pasado que el deseo de cier-

ta dama es el poseer los diamantes; que esta cierta dama es la Reyna; y que la satisfaccion del deseo de la Reyna es la compra del famoso collar que concluisteis ayer con MM. Bœhemer y Bossange.

— ¡Oh condesa! exclamó el Cardenal con turbado acento y visible palidez.

— Vamos, vamos, monseñor, repuso Juana, lanzando sobre el príncipe una de sus miradas mas penetrantes: ¿á qué viene ahora el mirarme con ese aire de espanto? ¿No es cierto, por ventura, que fuisteis ayer á hacer una compra á los joyeros del muelle de l'Ecole?

Un Rohan no miente nunca, ni aun con una muger; el Cardenal, por lo tanto, no replicó palabra.

Pero como Juana lo vió cerca de ruborizarse, y sabia perfectamente que esta clase de disgustos no suele perdonarlos jamas el hombre á la muger que los causa, se apresuró

á cogerle la mano, diciéndole:

—Perdonad, mi querido príncipe, no he sido dueña de reprimir mi impaciencia por manifestaros cuán equivocado juicio habeis formado de mí. ¿No es verdad que me habeis creído una muger incapaz y perversa?

—¡Oh! ¿podeis suponerlo así?

—Pues sino...

—No digais una palabra mas, condesa. Dejadme hablar á mi vez, y acaso lograré convenceros de que desde hoy en adelante sabré á qué atenerme respecto á vos. Hasta aquí únicamente habia creído que érais una muger bonita, de talento, y encantadora por todos estilos. Hoy veo que sois todavia mas. Dignaos escucharme.

Juana se aproximó al Cardenal conservando su mano entre las suyas.

—Habeis consentido, amiga mia, en ser mi querida, á pesar de que

no me amábais..... Asi acabais de decírmelo ; prosiguió M. de Rohan.

— ¡ Y os lo repito ahora ! esclamó Mad. de La Motte.

— ¿ Conque es decir entonces que os llevábais en ello vuestras miras ?

— Claro está.

— ¿ Y qué miras eran esas ?

— ¿ Teneis necesidad de que yo os las explique ?

— No ; creo adivinarlas en efecto. Sin duda alguna habeis querido ayudarme á que haga fortuna , porque suponeis , y con razon , que consiguiéndolo , mi primer cuidado sería labrar la vuestra. ¿ Me he equivocado , amiga mia ?

— No , monseñor , esa es la verdad ; pero hacedme la justicia de creer al mismo tiempo que para conseguir ese objeto y para abrigar esas miras no he tenido que vencer antipatia ni repugnancia de ninguna

especie. El camino, por el contrario, no podia ser para mí mas agradable.

— Sois la muger mas amable del mundo, condesa, el hablar con vos de negocios, lejos de ser enfadoso, proporciona por el contrario un placer indecible. Decia, pues, que habeis acertado de medio á medio, y que estoy convencido de que sabeis que abrigo en mi pocho un afecto muy respetuoso hácia cierta muger.

— Asi es la verdad, monseñor; en el baile de la Opera me apercibí de ello.

— Este afecto, sin embargo, no será jamás correspondido. ¡Oh! libreme Dios de creer otra cosa.

— ¡Bah! exclamó Mad. de La Motte: una muger, mi querido principe, no siempre la echa de Reyna, y á mi juicio valeis vos tanto ó mas que el Cardenal Mazarino.

— ¡Oh! ese era tambien un arro-

gante mozo; repuso M. de Rohan riéndose.

—Y un escelente primer ministro; replicó Juana con la mayor imperturbabilidad.

—Vamos, condesa; ya veo que con vos es un trabajo inútil el pensar; vale mas decir lo que uno piensa, puesto que vos pensais y hablais por vuestros amigos.

En efecto; todos mis afanes son por llegar á ser primer ministro y hasta las menores circunstancias me inducen á ello; mi nacimiento, el hábito ó la práctica de los negocios, cierta benevolencia que me manifiestan las cortes extranjeras, y las muchas simpatías, por último, que me manifiesta el pueblo francés.

—Todo, escepto una cosa, repuso Juana.

—Escepto la repugnancia de una persona; querreis decir.

—Eso es; la repugnancia de la Reyna, la cual es un verdadero obs-

título. Lo que Maria Antonieta quiere, el Rey concluirá por quererlo tambien; y lo que ella aborrece, Luis XVI lo odia de antemano.

—Y la Reyna me aborrece, ¿no es verdad?

—¡Oh!

—Seamos francos: creo, condesa, que nos hallamos al presente en el buen camino, y de consiguiente no váyamos á separarnos de él.

—Pues bien, monseñor, la Reyna no os ama en efecto.

—Entonces soy perdido, y no hay collar que valga!

—En eso precisamente es en lo que creo yo que quizás os engañais, mi querido príncipe.

—El collar está ya comprado.

—Muy bien: así verá la Reyna al menos que si ella no os ama, vos sí la amais.

—¡Oh! condesa!

—Ya sabeis, monseñor, que hemos covenido en llamar las cosas por

su propio nombre.

—Permitidme, amiga mia, que os pregunte qué es lo que vos ambicionais.

—Os lo diré, mi querido príncipe, cuando esteis en estado de satisfacer mis deseos.

—Eso es lo que se llama hablar en regla. Por mi parte, condesa, os aguardo para aquel día.

—Gracias, monseñor; entre tanto comamos si os place.

El Cardenal cogió entonces la mano de la Motte, y se la apretó como Juana hubiera deseado que se la estrechase algunos días antes. Pero aquel tiempo habia pasado ya y la retiró por ende de entre las manos del Cardenal.

—¿Qué haceis, condesa? la preguntó este.

—Ya os he dicho, monseñor, que nos váyamos á comer.

—¡Oh! no tengo apetito, amiga mia.

—Hablemos si no, si así os agrada.

—Por mi parte nada tengo ya que deciros.

—Bien está; separémonos entonces.

—¡Cómo! ¿me despedís de vuestro lado? ¿Es así como entendeis nuestra alianza?

—Para que uno y otro podamos servirnos reciprocamente, nada hay mejor que empezar por ser dueños de nosotros mismos.

—Teneis mil razones, condesa; perdonadme el que haya vuelto á equivocarme otra vez. ¡Ah! os juro que será la última.

Y volviendo á cogerle la mano, se la besó de una manera tan respetuosa, que no pudo ver la sonrisa diabólica y burlona de la condesa, cuando pronunció las palabras: «os juro que esta será la última vez que me equivoque respecto á vuestros deseos.»

Juana se levantó, y acompañó

al príncipe hasta la antecámara.

Mr. de Rohan se detuvo en ella para decirle en voz baja:

—¿Y en lo sucesivo, condesa?

—Es muy sencillo.

—¿Qué deberé hacer?

—Nada mas que esperarme.

—Es decir, que ireis?

—A Versalles.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y tendré respuesta?

—Sobre la marcha.

—Vamos, me entrego á vos, protectora mia.

—Descansad en mí.

Y despues de pronunciar estas palabras, regresó á su aposento, se metió en la cama, y contemplando vagamente al bello Endymion de mármol que estaba aguardando á Diana, murmuró con voz casi imperceptible:

—Decididamente es la libertad lo que mas vale.

JUANA PROTEGIDA.

Dueña Juana de tan importante secreto, rica con semejante porvenir, y sostenida por dos apoyos tan considerables, se creyó con fuerzas suficientes para levantar el mundo, y tomándose quince días de plazo para empezar á morder á sus anchas el sabroso racimo que pendia sobre su frente, se presentó en la corte, no ya como una pretendiente

cualquiera, ni como la pobre medicante retirada por Mad. Boulainvillers, sino como una descendiente de los Valois, poseedora de cien mil libras de renta.

Tener un marido duque y par, llamarse la favorita de la Reyna, y gobernar el Estado en aquella época de intrigas y de revoluciones, gobernando al Rey por medio de María Antonieta, era el panorama que se ofreció ante la inagotable imaginacion de la condesa de La Motte.

Cuando vino el dia, dió por decirlo así, un brinco, y se plantó en Versailles. Juana no tenia targeta de audiencia, pero la fé que le inspiraba su buena fortuna habia llegado á un grado tal, que no dudaba ver plegarse á la etiqueta ante su deseo.

Y tenia razon.

Todos aquellos empleados de palacio, que tan oficiosos y solícitos se

muestran por adivinar los gustos del amo, habian notado ya el agrado con que María Antonieta recibia las visitas de la hermosa condesa, y esto fue mas que bastante para que un ughier, deseoso de hacerse con ella buen lugar, fuese á colocarse al paso de la Reyna, que se dirigia á la sazon desde la capilla á su cámara, y para pronunciar como casualmente ante el gentil hombre de servicio las siguientes palabras:

—¿Qué hacemos, caballero, con Mad. de La Motte, que no trae targeta de audiencia?

La Reyna estaba hablando en voz baja con Mad. de Lamballe, y al oir el nombre de Juana lanzado de intento por el ughier, paró la conversacion.

—¿Quien dice por ahí, preguntó volviéndose hácia el gentil-hombre, que espera la condesa de La Motte de Valois? ¿Está por aqui en efecto?

—Yo creo que sí, replicó el interpelado.

—¿Quién lo ha dicho?

—Este ugieer, señora.

El ugieer se inclinó modestamente.

—¡Recibiré á la señora condesa de La Motte de Valois! exclamó la Reyna continuando su marcha.

Luego añadió al entrar en su aposento:

—Conducidla al gabinete de baño.

Y desapareció por la puerta de la régia cámara.

Juana, á quien el ugieer contó sencillamente lo que acababa de hacer en su obsequio, se llevó inmediatamente la mano al bolsillo.

—Dignaos, señora condesa, la dijo el ugieer deteniéndola el brazo, acumular esta deuda; mas tarde podreis pagármela con usura.

Juana volvió á meter el dinero en su bolsillo, y dijo al ugieer con aire bondadoso:

—Teneis mil razones, amigo mio; entretanto recibid un millon de gracias.

Luego prosiguió, hablando consigo misma:

— ¿Y por qué no habia yo de proteger en efecto á este hombre que á su vez me ha protegido? Otro tanto voy á hacer por un Cardenal.

Mad. de La Motte se halló de allí á corto rato en presencia de su soberana.

Maria Antonieta tenia el aspecto sério y se hallaba muy poco dispuesta en la apariencia á recibirla con afabilidad, acaso por la misma razon que acababa de favorecerla con un recibimiento inesperado.

—Vamos, estoy casi segura, pensó para sí la amiga de Mr. de Rohan, de que la Reyna se figura que vengo á mendigar... Pero antes de que haya yo pronunciado veinte palabras me atrevo á apostar que se desarugará su ceño, ó hará que me ar-

rojen de su presencia.

—Hasta ahora, condesa, no he tenido una ocasion favorable para hablar al Rey.

—¡ Ah, señora! exclamó Mad. de La Motte; vuestra magestad ha sido ya demasiado buena para mí, y nada mas espero por lo tanto. El objeto de mi venida...

—¿Cuál es, condesa? se apresuró á decir la Reyna, la cual era en extremo hábil para apoderarse de las transiciones. Si no estoy mal informada, no habíais solicitado audiencia; de consiguiente debo suponer que alguna urgencia...

— En efecto, señora; pero esa urgencia no es por mí...

—¿Será por mí, segun eso?..... Vamos, condesa; podeis manifestarme todo cuánto tengais que decirme.

Y al terminar estas palabras la Reyna condujo á Juana á la sala del baño, donde estaban esperando sus

camaristas.

Al ver la condesa tanta gente alrededor de Maria Antonieta, guardó el mas circunspecto silencio.

Así que la Reyna entró en el baño, despidió con una señal á las señoras que estaban á su servicio, y Juana dió principio á la conversacion en los siguientes términos:

—Vuestra magestad no podrá menos de advertir la embarazosa situacion en que me encuentro en este instante.

—¿Qué tal? ¡Lien decia yo!...

—Creo haber dicho ya á vuestra magestad el empeño que Mr. de Rohan manifiesta en mostrarse galante y benéfico conmigo.

—No lo recuerdo, repuso Maria Antonieta, frunciendo el ceño.

—Pues yo creia...

—Bien, bien; no importa... continuad.

—Pues como iba diciendo, señora, su Eminencia me hizo la honra

anteayer de volver á visitarme.

—¡ Ah !

—Y el objeto de esta visita era hablar de una buena obra que yo me he propuesto hacer.

—Muy bien, condesa, muy bien... Tambien yo contribuiré con algo á vuestra buena obra.

—V. M. me ha comprendido mal, señora. Creo que he tenido la honra de deciros que no vengo á pedir nada. Monseñor, como lo tiene de costumbre, no hizo otra cosa que hablarme de la bondad y gracia inagotables de vuestra magestad.

—¿Y pidió tambien que yo protegiese á sus protegidas?

—Tambien me habló de eso, señora.

—Bien está; me hallo dispuesta á hacerlo; pero no por el Cardenal, sino por los desgraciados mismos, á quienes siempre dispenso buena acogida, vengan por el conducto que quiera. Por lo demas, decid á

su Eminencia que estoy incomodada con él.

— ¡Ay! señora; ya se lo he dicho, y de ahí es de donde proviene la turbacion de que hace un momento he hablado á V. M.

— ¡Ah!

— Yo no pude menos de decir á monseñor, cuán ardiente es la caridad que manifiesta V. M. hácia el infortunio, y de manifestarle al propio tiempo la generosidad con que incesantemente vaciais vuestro bolsillo en obsequio de los necesitados,

— ¡Bien! ¡bien!

— Habeis de saber, monseñor, le dije, que S. M. es esclava de sus bondades, y que se sacrifica en obsequio de los pobres. El bien que hace redundá en perjuicio suyo, y aqui me teneis á mí como una prueba de ello.

— ¿Qué quereis decir, condesa? exclamó la Reyna, que habia escuchado con atencion á su interlocu-

tora, bien fuese porque Juana habia sabido darle por el lado débil, ó bien porque el distinguido talento de Maria Antonieta adivinase un gran interés detrás del largo preámbulo con que acababa de prepararse Mad. de La Motte.

—Quiero decir, señora, que V. M. me habia dado una fuerte suma algunos dias hace; que esto le ha sucedido ya mil veces á la Reyna en el discurso de dos años, y que si V. M. hubiese sido menos sensible y menos generosa, tendria al presente en caja más de dos millones, con los cuales nada podria impedirle comprar ese collar de diamantes, tan noble y desinteresadamente rechazado.

La Reyna se puso encarnada como el carmin y fijó su mirada penetrante sobre Mad. de La Motte. Maria Antonieta comprendió al vuelo que la consecuencia de todo cuanto Juana acababa de decir se encer-

raba en la última frase. Pero ¿quería la condesa tenderle un lazo, ó trataba únicamente de lisonjearla el amor propio? Fijada la cuestion en estos términos, era indudable que de todos modos resultaba de ella un peligro para la Reyna. S. M. encontró, sin embargo, en el semblante de Juana una espresion tal de dulzura, de ingénua benevolencia, y de marcada verdad, que nada revelaba en aquella fisonomía ni la perfidia ni la adulacion.

Y como la Reyna por otra parte tenia una alma llena de verdadera generosidad, y en la generosidad hay fortaleza y sólida verdad, María Antonieta replicó, exhalando un hon-do suspiro:

—En efecto, condesa, el collar es precioso, y me lisonjea en estremo que una persona de gusto me aplauda el que haya hecho renuncia de él.

—Si supiéseis, señora, exclamó

Juana cortando á propósito la frase, cuán fácil es conocer los sentimientos de las personas que uno ama, acerca de aquello que les interesa.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir, señora, que cuando Mr. de Rohan tuvo noticia de vuestro heroico sacrificio respecto á los diamantes, su Eminencia se puso estremadamente pálido.

—¡Pálido!

—Sus ojos se llenaron de lágrimas, y aun cuando yo no sé si Mr. de Rohan es un hombre tan excelente y un señor tan completo como muchos aseguran, lo que puedo decir á V. M. es que en aquel instante, la espresion de su rostro, iluminado por el fuego de su alma, y surcado de lágrimas provocadas por vuestro generoso desinterés, ó mas bien, por vuestra privacion sublime, no se borrará jamás de mi memoria.

La Reyna se detuvo un momeu-

to para mover el resorte que hacia salir el agua por el pico de un cisne dorado que estaba sobre la pila de mármol , y luego prosiguió:

— Bien está , condesa ; puesto que Mr. de Rohan os ha parecido un hombre tan escelente y completo , como acabais de decir , no os obligaré á que renunciéis á sus visitas ; pero tened presente que es un prelado mas mundano de lo regular , y un pastor que gusta de recojer ovejas tanto para sí mismo como para el Señor.

— ¡ Oh ! ¡ señora !

— ¿ Y bien , y qué ? ¿ Creeis que le calumnio por ventura ? ¿ No tiene efectivamente esa reputacion ? ¿ No hace él mismo alarde de ello ? Miradle sino los dias de ceremonia agitar sus hermosas manos en el aire , para que parezcan mas blancas aun de lo que son , para que brille en ellas el anillo pastoral , y para que las devotas le dirijan miradas mas

brillantes que el anillo.

Juana se inclinó con respetuosa deferencia.

- Los trofeos del Cardenal , prosiguió la Reyna dejándose llevar de un arrebató , son numerosos en efecto: algunos de ellos son quizás hasta escandalosos. Ese prelado es un enamorado por el estilo de los de la Fronda , y esto no me parece en verdad digno de alabanza.

—No diré lo contrario , señora , exclamó Juana tomando alas, merced á la familiaridad con que la trataba la Reyna , y á la situacion física en que esta se encontraba. Ni me atreveré á asegurar tampoco que el señor Cardenal no pensase en las devotas cuando con tanta vehemencia me hablaba de V. M. ; pero de lo que no me cabe duda , es de que sus hermosas manos , en vez de agitarse en el aire , se apoyaban sobre su corazón.

La Reyna movió de un lado á

otro la cabeza, dejando ver en sus lábios una sonrisa forzada.

— ¡Ah! exclamó entonces Juana para sí: ¡si marcharán las cosas mejor de lo que yo habia creido! ¿Sería por ventura el despecho vuestro auxiliar? ¡Oh! Si tal sucediese, teníamos ya andado la mitad del camino.

La Reyna volvió á recobrar en breve su continente noble y su aire de indiferencia, y dijo á la condesa:

—Continuad.

—Perdonad, señora; pero esa modestia que os obliga á rechazar hasta las alabanzas.....

—¡Del Cardenal!... ¡oh! sí.

—Pero..... ¿me permite V. M. que le pregunte por qué?

—Porque me parecen sospechosas, condesa.

En ese caso, señora, no es á mí á quien toca, replicó Juana con el mas profundo respeto, defender

al hombre que ha sido bastante infeliz para incurrir en desgracia con V. M.: yo no puedo dudar ni un momento siquiera que debe ser muy culpable, cuando merece el desagrado de la Reyna.

—Mr. de Rohan no solo me ha desagradado, sino que me ha ofendido; pero yo soy Reyna, y cristiana, y estoy doblemente obligada por lo tanto á olvidar las ofensas.

María Antonieta pronunció estas palabras con aquella bondad magestuosa que solamente era peculiar suya.

Juana guardó el mas completo silencio.

—¿Callais, condesa?

—Temo aparecer como sospechosa á los ojos de V. M., incurrir en su desgracia y merecer sus reconvenciones emitiendo una opinion opuesta á la de V. M.

—Pues qué, ¿pensais acaso de distinta manera que yo acerca del

Cardenal?

— Si señora.

— ¡ Oh ! condesa ! á buen seguro que no hablariais de ese modo si supiéseis lo que el príncipe Luis ha hecho en contra mia.

— Lo que yo sé es lo que he visto hacer en obsequio de V. M.

— Alguna galanteria cuando mas.

Juana se inclinó en ademan de respeto.

— Atenciones, cumplimientos, protestas .. continuó la Reyna.

Juana prosiguió guardando silencio.

— Vamos , vamos , condesa , veo que profesais á Mr. de Rohan una amistad demasiado viva , y por lo tanto no volveré á hablar mal de él en vuestra presencia.

Y al pronunciar estas palabras María Antonieta se echó á reir.

— ¡ Ah ! señora , exclamó Juana , preferiria vuestra cólera á vuestro acento burlon respecto al príncipe

Luis, el cual profesaba á V. M. sentimientos tan respetuosos, que estoy segura que se moriría de pesar si supiese que la Reyna se mofaba de él.

¡Oh! ¡oh! mucho ha cambiado entonces su Eminencia.

—Pero si yo no entendí mal, creo haber oído á V. M. decir que Mr. de Rohan está apasionado de vos hace mas de diez años.

—Asi es en efecto, condesa, repuso la Reyna con severidad; pero eso lo decia de broma.

Reducida Juana al silencio por el tono con que Maria Antonieta habia pronunciado estas palabras, la Reyna creyó que aquella se habia decidido al fin á renunciar á la lucha; pero se equivocó. Las mugeres como la condesa, cuyos instintos tienen algo de la serpiente y el tigre, cuando se recogen y repliegan hácia atrás, lo hacen únicamente para lanzarse luego con mas fuerza: su reposo concentrado es preludio del ataque.

— Apostaría cualquier cosa á que ibais á hablarme de los diamantes! ¡esclamó imprudentemente la Reyna; ¿no es verdad, condesa, que no deais de pensar en ellos?

— Asi es, señora; respondió Juana tan alegre como un general que viese á su enemigo cometer una falta decisiva en el campo de batalla. ¡Es tan hermoso el collar!... ¡Le estará á V. M. tan bien!

— ¡Cómo!

— Sí señora.

— ¡Pues no estaba vendido!...

— Ya se ve que sí.

— Al embajador de Portugal?

Juana hizo con la cabeza un signo negativo.

— ¡No! exclamó la Reyna con regocijo.

— No, señora.

— ¿Pues quién lo ha comprado.

— Mr. de Rohan.

— ¡Ah! exclamó la Reyna saltando sobre su asiento.

—¡ Oh ! señora ! repuso Juana con grande elocuencia ; lo que ha hecho Mr. de Rohan es una accion brillante : es una prueba de generosidad y de buen corazon : un acto de nobleza que no puede menos de merecer las simpatias de V. M. , puesto que todo lo bueno y lo sensible halla en vos eco. Perdonadme , señora , si no he obrado bien ; pero no bien dije al príncipe Luis el momentáneo disgusto que vuestra magestad habia experimentado , exclamó :

« ¡ Cómo ! se niega la Reyna de Francia á comprar lo que no rehusaria la muger del recaudador general ! ¿ Cómo puede esponerse la Reyna á ver á Mad. Necker ataviada con esos diamantes el dia menos pensado ? »

M. de Rohan , señora , no sabia aun que el embajador de Portugal lo hubiese comprado. Yo fui quien se lo dijo , y esta noticia aumentó su indignacion. Entonces repuso con

nobleza: Ya no se trata solamente del placer que proporcionaria á S. M. la posesion de esa alhaja, sino que es ademas cuestion de régia dignidad. Conozco muy bien el espíritu de las cortes estrangeras. La vanidad y la ostentacion es lo único que les alhaga, y de consiguiente tal vez se reirian de la Francia, si llegasen á saber que no ha tenido dinero bastante para satisfacer un capricho legítimo!.... ¿Y he de sufrir yo que se burle nadie de la Reyna de Francia?.... ¡No! ¡eso jamás! Y al terminar estas palabras se alejó de mí bruscamente.

Una hora despues supe que habia comprado los diamantes.

— ¡Cómo! ¡Un millon quinientas mil libras!

— Un millon y seiscientas mil.

— ¿Y cual ha sido su intencion al comprarlos?

— La de que, ya que no podian ser para V. M., no fuesen tampo-

co para ninguna otra muger.

—¿Estais segura, condesa, de que no los habrá comprado para regalárselos á alguna de sus queridas?

—Tan segura, que respondo de que es capaz de hacer el collar mil pedazos antes que consentir verlo en el cuello de otra muger, que no sea la Reyna.

Maria Antonieta se quedó pensativa, y su noble fisonomia dejaba adivinar clara y distintamente lo que pasaba en su alma.

—Lo que acaba de hacer M. de Rohan, dijo despues de un momento de pausa, es una accion muy digna; un rasgo lleno de nobleza, y que revela una abnegacion y un rendimiento delicados.

Juana absorbia, por decirlo asi, estas palabras.

—Me hareis el obsequio, condesa, de dar las gracias á M. de Rohan, en mi nombre, continuó la

Reyna.

— ¡Oh! Sí señora.

— Añadireis, que estoy muy satisfecha de la prueba de amistad que el príncipe acaba de darme, y que, á fuer de hombre honrado, como decia Catalina, lo acepto todo de la amistad, en calidad de reintegro, se entiende. Decidle, pues, que lo tomaré no como regalo de M. Rohan.....

— ¿Pues como?

— Como un anticipo..... M. de Rohan ha querido sin duda adelantar su dinero ó su crédito por complacerme: yo le reembolsaré. Si no me equivoco, M. Bøhemer habrá pedido algun dinero al contado?

— Sí, señora.

— ¿Cuanto? ¿doscientas mil libras?

— Doscientas cincuenta mil.

— Eso es precisamente á lo que asciende el trimestre de la pension

que el Rey me tiene señalada. Esta mañana me lo han mandado..... adelantado segun creo.

La Reyna llamó en seguida á sus camareras, las cuales la vistieron, despues de haberla envuelto en finísima batista calentada.

Asi que volvió á su aposento y se quedó sola con Juana, le dijo á esta:

—Abrid esa gabeta.

—¿La primera?

—No, la segunda: ¿hay en ella una cartera?

—Sí, señora; [aquí está.

—Creo que ha de tener doscientas cincuenta mil libras; contadlas.

Juana obedeció.

—Llevádselas al Cardenal, y dadle las gracias de mi parte. Decidle que procuraré darle otro tanto cada mes, y que ya nos arreglaremos sobre los intereses. De esta manera tendré el collar que tanto me

gustaba, y aun cuando me cueste algun sacrificio el pagarlo, no me veré precisada para ello á incomodar al Rey.

Y quedándose pensativa por un instante, luego añadió:

—Esto me proporciona ademas la dicha de saber que tengo un amigo lleno de delicadeza, el cual me ha servido.....

La Reyna volvió á hacer una breve pausa, y continuó en seguida:

—Y una amiga tambien, que me ha adivinado.

Y asi diciendo, alargó la mano á la condesa, la cual se precipitó á besársela.

De alli á poco, y viendo que Juana se disponia á partir, la dijo, despues de haber vacilado un instante, y hablando en voz tan baja como si tuviese miedo de sus propias palabras:

—Condesa, os autorizo para que

digais al Cardenal que será bien recibido en Versailles, donde le daré las gracias.

Juana se lanzó entonces fuera de la cámara de la Reyna, no solo ébria de gozo, sino como insensenta, al ver su orgullo satisfecho, y estrechando entre sus manos los billetes de que era portadora, como pudiera un gavilán estrechar su presa.

LA CARTERA DE LA REYNA.

La importancia de la fortuna real y figurada, que llevaba Juana de Valois, nadie podia conocerla mejor que los caballos que la condujeron de Versailles á París.

Si ha habido alguna vez en el mundo caballos que hayan volado por ganar un premio, fueron sin duda alguna aquellos dos pobres de carruage de alquiler.

Su cochero, estimulado por la condesa, les hizo creer que eran los ligeros cuadrùpedos del pais de Elis, y que habia que ganar para el amo dos talentos de oro, lo cual les proporcionaria triple racion de cebada.

El Cardenal no habia salido aun, cuando madama de La Motte fue á apearse al zaguan de su palacio, en cuyas antecámaras habia una porcion de gente.

Juana se anunció á M. de Rohan mucho mas ceremoniosamente de lo que lo habia hecho en el palacio real.

—¿Venís de Versalles? la preguntó el Cardenal.

—Sí, monseñor.

El príncipe miró á Juana, pero esta era impenetrable, y aun cuando vió el malestar y la angustiosa tristeza de su interlocutor, no tuvo piedad de él.

—Y... ¡Qué tal! exclamó este.

— ¡Pse! Veamos, monseñor. ¿Qué es lo que deseais? Dignaos decirme lo para evitarme el que tenga yo que echarme en cara alguna falta.

— ¡Ah, condesa! ¡Me decís eso en un tono!...

— ¡Triste! ¿No es verdad?

— En un tono que me mata.

— ¿Querriais acaso que yo hubiese visto á la Reyna?

— Sí.

— Pues bien; la he visto. ¿Querriais tambien que me hubiese permitido hablarla de vos, á pesar del disgusto que ha manifestado muchas veces al oir pronunciar vuestro nombre?

— Ya veo que aun cuando hubiesen sido esos mis deseos, tengo que renunciar al placer de verlos cumplidos.

— No tal: la Reyna me ha hablado de vos.

— O por mejor decir, habeis sido demasiado buena para hablarla

de mí. ¿No es eso?

—Es verdad.

—Y su Magestad... ¿ha escuchado?..

—Eso ya requiere esplicacion.

—No me digais ni una palabra mas, condesa; ya veo cuánta repugnancia ha manifestado S. M...

—No creais tal, monseñor... Yo me he atrevido á hablarla del collar de diamantes.

—¡Cómo! ¿Habriais osado decirle por ventura...

—¿Que lo habiais comprado para ella? Ya se ve que sí.

—Sublime, condesa, sublime! ¿Y la Reyna os escuchó?

—Por supuesto.

—Y le dijisteis que yo le ofrecia esos diamantes?

—Y los rehusó, por mas señas.

—¡Ah! soy perdido!

—Es decir, rehusó aceptarlos como un regalo; pero como préstamo...

—¡Como préstamo!... ¡Ah! con-

desa; ¿conque habeis sabido hacerle la oferta de una manera tan delicada?

— He sabido hacérsela de modo que la ha aceptado.

— Conque es decir, condesa, que yo tengo la honra de dar un préstamo á la Reyna?

— Precisamente; y no podreis menos de convenir conmigo en que es eso mejor que si la regaláseis el collar.

— Mil veces mejor.

— Estaba casi segura de que opinaríais asi. Conste, pues, que S. M. acepta.

El Cardenal se levantó de su sillón y volvió á sentarse aproximándose mas á Juana, cuyas manos estrechaba con avidez diciéndole:

— ¡ Oh! condesa! ¡ por Dios no me engañeis! Tened presente que con una sola palabra podriais hacerme el último de los hombres.

—Tranquilizaos, monseñor; no me gusta jugar con las posiciones: con el ridículo, pase..... y ya sabéis que los hombres de vuestro rango y de vuestro mérito no pueden ser ridículos jamás.

—Es cierto. Por lo tanto, todo lo que acabais de decirme...

—Es la pura verdad.

—¿Conque tengo yo un secreto con la Reyna?

—Un secreto... mortal.

El Cardenal corrió hacia Juana y la estrechó la mano tiernamente.

—Ese apretón de manos me gusta en extremo, dijo la condesa, porque lo interpreto como si fuera de hombre á hombre.

—Es el apretón de un hombre dichoso á su ángel protector.

—¡Oh! monseñor! dejaos de exageraciones.

—No creais tal, condesa; mi gozo, mi reconocimiento...

—Os repito que exageráis el uno y el otro. ¿No era precisamente lo que deseábais el prestar á la Reyna millon y medio?

El Cardenal suspiró y guardó silencio.

—Buckingham, monseñor, hubiera pedido seguramente á Ana de Austria otra cosa, despues de haber sembrado sus perlas por la real cámara.

Lo que Buckingham obtuvo, condesa, no quiero yo desearlo ni por sueños.

—Eso, monseñor, podeis esplicárselo si os place á la Reyna, puesto que me ha ordenado que os diga que os veria con gusto en Versailles.

Y apenas dejó escapar estas imprudentes palabras, cuando el Cardenal empezó á palidecer como un adolescente bajo la impresion de un beso de amor, y á palpar como si estuviera ébrio, el sillón que es-

taba á su lado.

— ¡Ah! ¡ah! pensó Juana interiormente; esto es todavia mucho mas sério de lo que yo creia: yo habia soñado con un título de duque, la pairia y cien mil libras de renta; pero ahora es preciso que aspire hasta el principado, y hasta el medio millon lo menos, puesto que M. de Rohan no trabaja por ambicion ni por avaricia, sino por amor.

El Cardenal tardó muy poco en reponerse. El gozo no es una enfermedad que dura largo tiempo; y como el príncipe estaba adornado por otra parte de un talento sólido, juzgó que debia hablar á Juana de negocios, siquiera para hacerle olvidar que acababa de hablarla de amor.

Mad. de La Motte le dejó hablar cuanto quiso.

— ¿Y qué pretende hacer la Reyna, preguntó á Juana el Cardenal

estrechándola la mano, respecto á ese préstamo?

—Sin duda alguna me preguntais eso, porque creéis que la Reyna carece de metálico.

—Justamente.

— ¡Pues bien! Quiere pagaros, lo mismo que lo hubiera hecho con Bœhemer, pero con la diferencia de que habiendo comprado á este el collar, todo París lo hubiera sabido, y la famosa palabra relativa al buque de guerra habria dado lugar á muchas burlas. De consiguiente, la Reyna quiere tener los diamantes en detalle, por decirlo así, y pagarlos del mismo modo: vos le habeis deparado ocasion de hacerlo así; sois para ella un cajero discreto, y un cajero de garantía, para en el caso de que ella se viera imposibilitada de pagar: á esto está reducido todo: María Antonieta cree que es para ella una dicha, y paga. No pidais mas, por lo tanto

— ¡Que paga!.... ¿Cómo?

— La Reyna, á fuer de muger de gran penetracion, sabe ó presume que teneis deudas: ademas tiene amor propio y dignidad, y no es una amiga que ha de ir a recibir regalos... Asi es, que cuando la dije que habiais anticipado doscientas cincuenta mil libras...

— ¿Eso le habeis dicho?

— ¿Por qué no?

— Porque eso era el negocio imposible para ella.

— Al contrario; eso era proporcionarle un medio, una razon para que lo aceptase. Nada por nada; esta es la divisa de la Reyna.

— ¡Dios mio!

Juana se metió tranquilamente la mano en el bolsillo, y sacó de él la cartera de S. M.

— ¿Qué es eso? la preguntó el príncipe.

— Una cartera que contiene billetes de Banco por valor de dos-

cientas cincuenta mil libras.

— ¡Ah!

— Las cuales os envia la Reyna por mi conducto, con encargo especial de que os dé las gracias en su nombre.

— ¡Oh!

— La cuenta está cabal.

— No se trata de eso.

— ¿Pues qué es lo que estais mirando?

— Esa cartera, la cual no me acuerdo habérosla visto.

— ¿Os gusta? Pues no tiene nada de particular.

— Me agrada en efecto, no sé por qué.

— Teneis buen gusto, monseñor.

— ¿Os burlais, condesa? ¿Por qué decís eso?

— Porque teneis el mismo gusto que la Reyna.

— ¡Ah! ¿conque esa cartera?...

— Era de la Reyna, monseñor.

— La apreciareis mucho entonces.

—Muchísimo.

—Eso se concibe muy bien, repuso M. de Rohan suspirando.

—Con todo, si fuese de vuestro agrado... añadió la condesa con una sonrisa capaz de perde á un santo.

—¿Podeis dudarlo, condesa? Pero no consentiré que os priveis de ese don.

—Vamos; tomadla.

—¡Oh condesa! exclamó el Cardenal arrebatado de gozo; sois la amiga mas preciosa, la mas hábil, la mas...

—Sí, sí.

—Y entre nosotros...

—¡Bah! siempre se acostumbra á decir otro tanto en semejantes ocasiones; pero en honor de la verdad solo reconozco en mí un mérito.

—¿Cuál?

—El de haber trabajado en vuestro obsequio con tanto celo como buena fortuna.

—Si solo se tratase de lo prime-

ro, os diíia, condesa, que yo también he trabajado por vos, mientras habeis estado en Versalles.

Juana miró sorprendida al Cardenal.

—Sí, amiga mia, he trabajado por vos, aun cuando si se quiere, es una miseria lo que he hecho. Ha venido un hombre, mi banquero para decirlo de una vez, á proponerme acciones sobre yo no sé qué pantano que habia que cegar ó explotar...

—¡ Ah!

—Y como esto proporcionaba una ganancia cierta, he aceptado.

—Habeis hecho muy bien.

—¡ Oh! vais á ver que os tengo designado siempre en mi pensamiento un sitio de preferencia, de primer rango.

—Me contentaré con el segundo, y es mucho mas de lo que yo merezco; veamos.

—Mi banquero me ha dado dos-

cientas acciones, y he tomado para vos la cuarta parte; segun tengo entendido, eran las últimas.

—¡ Oh! monseñor.

—Dejadme proseguir: á las dos horas ha vuelto, y como el mero hecho de la colocacion de las acciones en un solo día habia proporcionado una alza de un ciento por ciento, me ha traído cien mil libras.

—Magnífica especulacion!

—Aquí teneis vuestra parte, querida condesa, ó mas bien, mi querida amiga.

Y así diciendo, sacó del paquete de billetes dados por la Reyna veinte y cinco mil libras y las puso en manos de Juana.

—Lo que mas me lisonjea de esto, monseñor, es el que hayais pensado en mí.

—¡ Oh! Vivid segura de que siempre será lo mismo, replicó el Cardenal, besándole la mano.

— Procuraré corresponderos, moñseñor, dijo Juana. Hasta que nos veamos en Versalles!

Y salió de la estancia, despues de dejar al Cardenal la lista de los plazos escogidos por la Reyna, y el primero de los cuales, que vencia de allí á un mes, componia una suma de quinientas mil libras.

EN EL QUE EL LECTOR VUELVE A ENCON-
TRAR AL DOCTOR LUIS.

Si nuestros lectores recuerdan la posicion difícil en que hemos dejado á Mr. de Charny, quizas no llevarán á mal que volvamos á conducirlos á aquella antecámara de Versalles, en la cual habia huido de miedo de ponerse malo delante de tres mugeres, aquel bizarro marino, á quien ni los hombres ni los elementos habian intimidado jamás.

Al llegar al medio de la antecámara, Mr. de Charny comprendió en efecto que no le era posible pasar mas adelante, y estendiendo los brazos, y empezando á vacilar, hubiera caído al suelo sin duda alguna, si no hubieran acudido en su socorro.

A esta sazón fue cuando se desmayó el jóven oficial y á los cortos instantes volvió en si, sin que le ocurriera que la Reyna le habia visto, y que quizás se hubiera acercado á socorrerle en el primer movimiento de inquietud, si no la hubiera detenido Andrea mas bien por una ardiente pasion celosa que por un frio sentimiento sugerido por la conveniencia social y el bien parecer.

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la Reyna hizo muy bien en aprovecharse del aviso de la señorita de Taverney, puesto que escasamente habia penetrado en su cá-

mara, cuando llegó á sus oídos la voz del ugier, que gritó anunciando:

— ¡ El Rey !

En efecto: era Luis XVI, que se dirigia desde sus habitaciones al terrado, y el cual queria antes de ir al consejo reconocer y visitar su equipo de caza, que tenia muy descuidado desde hacia algun tiempo.

Al entrar en la antecámara, seguido de algunos oficiales de palacio se detuvo al ver á un hombre reclinado en el hueco de una ventana, y en una postura que alarmaba en extremo á los dos guardias de corps que lo sostenian, los cuales no estaban acostumbrados á ver á los oficiales desmayarse por una friolera.

— ¿ Qué teneis ? exclamaban á una voz, sosteniendo entre sus brazos á Mr. de Charny.

Pero habíale faltado la voz al enfermo, y hallábase por lo tanto im-

sibilitado de responder.

Comprendiendo el Rey por este silencio la gravedad del mal, aceleró el paso y dijo cuando le faltaban muy pocos para llegar donde se hallaba Charny:

—Bien decia yo, que era alguno que ha perdido el conocimiento.

Al oír la voz del Rey volviéronse repentinamente los dos guardias, y soltando maquinalmente á Mr. de Charny, dieron lugar á que este sostenido únicamente por un resto de fuerza, cayese, ó por mejor decir, se dejase escurrir sobre el pavimento exhalando un gemido.

—¡Oh! ¿qué haceis, señores! exclamó el Rey.

Los guardias se precipitaron entonces hácia el enfermo, y levantando del suelo con gran cuidado á Mr. de Charny que habia perdido completamente el sentido, lo colocaron sobre un sillón.

—¡Oh! si no me engaño, esclama-

mó el Rey reconociendo al jóven oficial, es Mr. de Charny.

—¡Mr. de Charny! repitieron los circunstantes.

—Sí, el sobrino de Mr. de Sufren.

Estas palabras produjeron un efecto mágico. Charny fue inundado al momento de esencias y de aguas de olor, ni mas ni menos que si se hubiese encontrado en medio de diez mugeres. Poco despues llegó un médico que se habia mandado llamar, y examinó vivamente al enfermo.

El Rey, cuya curiosidad científica por una parte y su compasion por otra le tenian alli sugeto, presenció la consulta.

El primer cuidado del médico fue desabrochar la casaca al enfermo y entreabrirle la camisa para que le diese el aire en el pecho; pero al hacer esta operacion se encontró con lo que no buscaba.

—¡Una herida! exclamó el Rey interesándose cada vez mas, y acercándose para verla con sus propios ojos.

—Sí, sí, en efecto; murmuró Mr. de Charny haciendo un esfuerzo para levantarse y paseando en torno suyo sus débiles miradas; una herida antigua que ha vuelto á abrirse... Pero esto no es nada... absolutamente nada...

Y al espresarse así estrechaba de una manera casi imperceptible los dedos del médico.

Un doctor comprende al vuelo y debe comprenderlo todo; pero aquel no era un médico de corte, sino un cirujano de los mas adocenados de Versalles, y queriendo darse importancia, exclamó:

—¡Una herida antigua! ¡bah!... eso lo decís porque os acomoda, caballero; los labios están demasiado fescos y la sangre muy roja... esta herida ha sido abierta hace unas vein-

te y cuatro horas.

Charny, á quien esta contradiccion devolvió momentáneamente sus fuerzas, se puso en pie y dijo al doctor:

—Supongo, caballero, que no será vuestro ánimo enseñarme á mí el momento en que he recibido esta herida: de consiguiente digo y repito que es antigua.

Y reconociendo al Rey en este instante, volvió á abotonarse la casaca, como si se avergonzase de ver delante de él un espectador tan ilustre de su debilidad, y exclamó:

—¡El Rey!

—Sí, caballero, el Rey, que da mil gracias al cielo de que la casualidad le haya traído por aquí para poder prodigaros sus consuelos.

—¡Oh! señor! murmuró Charny; esto no es mas que un miserable rasguño... una herida antigua, y nada mas.

—Antigua ó moderna, repuso Luis

XVI, debo á ella el haber visto vuestra sangre; la saugre preciosa de un esforzado caballero...

—A quien dos horas de cama, replicó Charny interrumpiendo al monarca, bastarán para devolverle la salud.

Y al pronunciar estas palabras, quiso levantarse de nuevo, pero faltáronle las fuerzas, y en el instante mismo de ponerse en pie, los vapores que le subian al cerebro y la debilidad de sus piernas le obligaron á dejarse caer otra vez sobre el sillón.

—¡ Oh ! exclamó el Rey; se conoce que está muy malo.

—¡ Ah ! es indudable! repuso el médico con un aire de astucia y de diplomácia, cuyo objeto se traslucía á tiro de ballesta: pero podrá salvársele, sin embargo.

El Rey era la honradez y la bondad en persona. Adivinó que M. Charny queria ocultarle algo, y

quiso respetar su secreto, que cualquiera otro en su lugar hubiera oído de la boca del médico, el cual se lo ofrecía de una manera tan oficiosa; pero Luis XVI prefirió dejárselo al propietario, y dijo volviéndose á los circunstantes:

—No quiero que M. de Charny corra ningun riesgo por trasladarlo á su casa; disponed por lo tanto que se le cuide en Versailles con el mayor esmero, y que se mande recado al momento á su tío M. de Suffren luego, y así que se haya gratificado á este caballero por sus cuidados, (y designaba al oficioso médico) ireis á buscar al cirujano de mi casa, el doctor Luis, que si no me equivoco debe estar hoy de servicio.

Un oficial saltó presuroso á ejecutar las órdenes del monarca, y otros dos asieron á M. de Charny y lo trasladaron á la sala de los guardias, la cual estaba á uno de

los extremos de la galeria.

Esta escena pasó con mucha mas rapidez que la de la Reyna y M. de Crosne.

M. de Suffren recibió el recado que fueron á darle de órden del Rey, y el doctor Luis vino en reemplazo del médico supernumerario.

Nuestros lectores conocen ya á este hombre sábio al par que modesto, inteligencia menos brillante que útil, activo labrador de ese campo inmenso de la ciencia, en el cual si es digno de alabanza aquel que recoge el grano, no lo es menos el que abre el surco.

Detrás del cirujano que se hallaba reclinado sobre la cabecera del enfermo, entró presuroso el bailio M. de Suffren.

El ilustre marino no acertaba á comprender aquel síncope, aquella súbita enfermedad: asi es que cuando tomó entre las suyas las manos de su sobrino, y reparó en sus apagados ojos, no pudo menos de

esclamar :

— ¡Esto es extraño! muy extraño! porque habeis de saber, doctor, que mi sobrino jamás ha estado enfermo.

— Eso no prueba nada, señor baillio; repuso el doctor.

— Por fuerza debe de ser muy malo el aire de Versailles. ¡Oh! no os quepa duda de ello, puesto que os repito que Oliverio ha estado conmigo en la mar por espacio de mas de diez años, y siempre le he visto fuerte, vigoroso, y derecho como un mástil.

— Eso consiste en su herida! dijo uno de los oficiales que se hallaban presentes.

— ¡Cómo en su herida! exclamó el almirante. Oliverio no ha estado herido jamás.

— ¡Oh! perdonad, caballero, repuso el oficial mostrando á M. de Suffren la camisa de batista de su sobrino, yo creia...

M. de Suffren no pudo menos de ver la sangre.

— ¡Eso es! exclamó el doctor, que acababa de sentir en aquel instante el pulso del enfermo; ¿vais á disputar ahora sobre el origen del mal? Lo único que nos importa, puesto que existe, es curarlo, si es posible.

El bailio gustaba mucho de las proposiciones que no tenían réplica; y como por otra parte no habia acostumbrado á los cirujanos que llevaba á bordo de sus navíos á medir sus palabras, le chocaron tanto menos las del doctor, al cual preguntó con mucha mas emocion de la que queria manifestar:

— Pues qué, ¿tan peligrosa es la herida?

— Sobre poco mas ó menos, como una cortadura hecha en la barba al tiempo de afeitarse.

— Bien está, señores, dad al Rey en mi nombre las mas respetuosas

y espresivas gracias. Tú, Oliverio, tranquilízate y descansa; yo volveré á verte.

Oliverio movió las pestañas y los dedos, como si hubiese querido manifestar á la vez su gratitud á su tío que acababa de despedirse de él, y al doctor que le habia indicado que lo hiciera.

Despues, contento de verse en un lecho, y en manos de un hombre lleno de inteligencia y de dulzura, fingió que se entregaba al sueño.

El doctor despidió á los circunstantes.

Oliverio acabó por convertir en realidad su fingimiento, durmiéndose profundamente, no sin haber dado antes gracias al cielo por todo lo que le habia sucedido, ó mas bien porque no le habia resultado ningun mal en aquellas circunstancias tan graves.

Habíase apoderado de él la fie-

bre; esa fiebre regeneradora que es una de las maravillas de la humanidad, una savia eterna que florece en la sangre del hombre, y que sirviendo los designios de Dios, es decir, de la humanidad misma, hace germinar la salud en el enfermo.

Despues que Oliverio repasó en su memoria con ese ardor de los calenturientos su escena con Felipe, así como tambien las que habia tenido con la Reyna y con el monarca, cayó en ese círculo terrible, que la sangre enfurecida viene á lanzar como un lazo sobre la inteligencia..... y empezó á delirar.

Tres horas despues hubiera podido oírsele desde la galeria en que estaban paseándose algunos guardias, advertido lo cual por el doctor, llamó á su lacayo, y le mandó que tomase en sus brazos á Oliverio, el cual empezó á dar lastimeros gritos.

— Echale la colcha sobre la cabeza.

— ¿Y qué adelantaré con eso? repuso el criado: este caballero pesa mucho y se defiende bastante para que pueda llevarlo yo solo: voy por lo tanto á pedir auxilio á uno de los caballeros guardias.

— Vamos, preciso es confesar que sois un gallina, si teneis miedo de un enfermo; dijo el viejo doctor.

— Caballero...

— Y si creéis que pesa mucho, es porque sin duda no sois tan fuerte como yo habia creído, lo cual me precisará á volver á enviaros á la Auvergne.

Esta amenaza produjo su efecto, y Charny, á pesar de sus gritos y de sus quejidos fue conducido como una pluma en brazos del auvernés por en medio de los guardias, los cuales rodearon al doctor Luis para abrumarlo á pregun-

tas.

—Señores, les dijo el doctor gritando mucho mas fuerte que Charney para impedir que fueran oidas sus palabras; ya comprendereis que no podria hacerme gracia el tener que andar una legua cada vez que tenga que venir á visitar á este enfermo, cuya salud me ha recomendado el Rey. Vuestra galeria se halla situada á uno de los extremos del mundo.

—¿Pues á dónde lo conducis, doctor?

—A mi cuarto, porque habeis de saber que me voy haciendo perezoso en extremo, y como tengo aquí dos habitaciones á mi disposicion, le colocaré en una de ellas, y pasado mañana, si lo dejan quieto y gozar del reposo que necesita, os daré cuenta de su mejoría.

—Sin embargo, doctor, puedo aseguraros que el enfermo estaría aquí perfectamente, repuso el oficial; to-

dos nosotros queremos mucho á M. de Suffren, y.....

—Sí, sí, comprendo muy bien la clase de cuidados que le prodigaríais; cuidados de camarada á camarada: es decir que si el herido os dijera que tenia sed, le daríais agua, y lo mandaríais al otro mundo. ¡Vayan al diablo los cuidados de los caballeros guardias! Ya me se han muerto por esta causa lo menos diez enfermos.

Merced á la conversacion que el doctor traia con los guardias, Oliverio se hallaba ya bastante lejos para que sus gritos pudiesen ser oídos.

— ¡Pues señor! prosiguió el médico hablando consigo mismo; lo que acabo de hacer es sin duda alguna lo mejor y mas razonable: ahora solo me resta prevenir el contratiempo de que el Rey venga á visitar al herido... porque si S. M. lo vé..... dirá lo que diga, y.....

¡Diablo! no me es dado vacilar! Voy corriendo á avisar á la Reyna, y á pedirle un consejo.

Y tomando esta resolucion con la rapidez propia del hombre á quien la naturaleza le pide cuenta de los segundos, inundó de agua fresca el semblante del herido, le colocó en la cama de manera que no pudiese hacerse daño revolviéndose ó cayendo al suelo, puso un candado á las ventanas, cerró la puerta de la habitacion dando dos vueltas á la llave, y metiéndosela luego en el bolsillo se dirigió á la cámara de la Reyna, despues de haberse asegurado, escuchando desde afuera, que ninguno de los gritos de Oliverio podia ser oido ni comprendido.

Escusado es decir que para mayor precaucion dejó encerrado al auvernés con el enfermo.

A la puerta del cuarto donde se hallaba este, el doctor se encontró

con Mad. de Misery, á quien mandaba la Reyna á saber noticias del herido, y la cual hacia las mayores instancias por entrar.

—Venid, señora, venid; la dijo el doctor; ahora mismo salgo yo de verlo.

—Tened presente, sin embargo, que la Reyna aguarda respuesta.

—Bueno: precisamente voy yo ahora mismo á su cámara.

—S. M. desea.....

—Bien, bien; la Reyna sabrá todo cuanto desee saber; yo os respondo de ello, señora. Vámonos.

Y echó á andar tan de prisa, que obligó á la dama de María Antonieta á correr, para llegar al mismo tiempo que él á la régia cámara.

ÆGRI SOMNIA.

La Reyna esperaba á Mad. de Misery, pero no esperaba al doctor, el cual penetró en la estancia con su acostumbrada familiaridad, y diciendo en voz alta:

—El enfermo que el Rey y V. M. me han recomendado, sigue tan bien, como lo está todo aquel que tiene calentura.

María Antonieta conocia al doc-

tor muy á fondo; y sabía perfectamente el profundo horror que le inspiraban las personas, que como él solia decir daban gritos enteros, cuando solamente sufrían á medias.

La Reyna por lo tanto se figuró que M. de Charny habia perdido su buena posicion. Las mugeres fuertes están siempre dispuestas á encontrar débiles á los hombres que no lo son.

— ¿Qué tal la herida, doctor? preguntó al médico: ¿seria por fortuna el caballero de Charny uno de esos enfermos, que en vez de inspirar cuidado, escitan á la risa?..

— ¡Eh! ¡Eh! exclamó el doctor.

— ¿Seria su herida un ligero rasguño?....

— ¡Oh! no; no señora; tan cierto, como que sea herida ó rasguño, M. de Charny tiene una fiebre atroz.

— ¡Pobre mozo!

— Una fiebre terrible.

— ¡Bah! exclamó la Reyna estremeciéndose, yo no creía que..... así..... tan de repente..... habia de tener una calentura.....

— Os repito, señora, que tiene fiebre, y una fiebre de las mas grandes; replicó el doctor mirando fijamente á la Reyna.

— Vamos, mi querido Luis, confesad que teneis gana de asustarme; á no ser así, diria que os pasa algo esta noche.

— Nada de estraordinario, señora.

— ¡Oh! Sí tal: hace rato que estais volviendo de un lado á otro la cabeza, á guisa de un hombre que quisiera confiarme un gran secreto.

— ¡Eh! ¿Y quien os dice que no?..

— ¡Cómo! ¿un secreto acerca de la fiebre?

—Justamente.

—¿De la fiebre de M. de Char-
ny?..

—Sí.

—¿Y veniais á buscarme para
confiarme ese secreto? ¡Ah! pues
decídmelo pronto; ya sabeis que soy
muy curiosa. Vamos, mi querido
doctor, empecemos por el princi-
pio.

—Como Juanito: ¿no es ver-
dad?

—Sí, mi querido doctor.

—¿Pues bien! Señora.....

—¿Qué? ya estoy esperando.

—No, señora; el que espera
soy yo.

—¡Vos! ¿qué esperais?

—Que me interrogueis, señora.
Debo confesar que no me da el
naipe para narrador, al paso que
si me preguntan, respondo como un
libro.

—¿Pues bien! ya os he pregun-
tado cómo va con su fiebre M. de

Charny.

—Es que..... ese es muy mal principio. Preguntadme primero por qué se encuentra M. de Charny en una de las dos habitaciones que me están destinadas en palacio, en vez de hallarse en la galería; ó en el cuarto del oficial de los guardias.

—Por preguntado, doctor. En efecto, es sorprendente.

—Pues bien, señora: se halla en mi cuarto, y no he querido dejarlo en la galería, ó en el del oficial, si así os place, porque M. de Charny no es un calenturiento ordinario.

—¿Qué quereis decir? preguntó la Reyna, haciendo un gesto de sorpresa.

—Quiero decir, que cuando M. de Charny está con fiebre, delira.

—¡Oh! exclamó la Reyna, juntando las manos.

—Y cuando delira, prosiguió el doctor Luis aproximándose á la Reyna, el pobre jóven dice una porcion de cosas en extremo delicadas para que deban oirlas los caballeros guardias, el Rey ó cualquiera otra persona.

— ¡Doctor!

— ¡Diantre! si no queriais que respondiese, hubierais podido evitarlo no habiéndome preguntado.

— Proseguid, proseguid, mi querido doctor; añadió la Reyna, cogiendo la mano del bueno y sábio médico.

— Ese jóven es quizás un ateo, y en su delirio blasfema.

— No creais tal, doctor; su religion por el contrario es de las mas arraigadas y profundas.

— Entonces habria regularmente alguna exaltacion en sus ideas.

— ¡Exaltacion! Esa es precisamente la palabra.

La Reyna procuró componer su

semblante, y recobrando esa sangre fría que acompaña siempre en sus actos á los príncipes habituados al respeto de los otros y á la estimación de sí mismo, y la cual es una facultad indispensable á los grandes para dominar; y para no venderse de una manera indiscreta, añadió:

—M. de Charny me ha sido recomendado eficazmente: es sobrino de M. de Suffren, nuestro héroe; me ha prestado algunos servicios, y quiero por lo tanto hacer con él las veces de una parienta ó de una amiga. Decidme, pues, la verdad; quiero y debo saberla.

—Pero es el caso que yo no puedo decíroslo, replicó Luis. Con todo, puesto que V. M. manifiesta tanto empeño en conocerla, me ocurre un medio, á saber: que la oiga V. M. de su propia boca. De esta manera, aun cuando el jóven diga

algo que debiera callar, la Reyna no podrá echar la culpa al indiscreto que haya dejado adivinar el secreto, ni al imprudente que lo haya sofocado.

—Ya sabeis, doctor, cuanto he apreciado siempre vuestra amistad, y cuán grande es la confianza que tengo en vos; de consiguiente, y puesto que M. de Charny dice en su delirio cosas tan estrañas.....

—Cosas, que urge mucho que las oiga V. M. para que las aprecie en su justo valor, dijo el bueno del médico, tomando suavemente la mano de Maria Antonieta.

—Pero ante todo, esclamó la Reyna, tened presente que yo no doy aquí ni un paso siquiera, sin que venga detrás de mi algun caritativo espia.

—Esta noche, nadie mas que yo os seguirá. Se trata únicamente de atravesar mi corredor que tiene una

puerta á cada extremo: yo me encargo de cerrar la que pasemos primero, y ninguno estará de consiguiente cerca de nosotros.

Y agarrándose del brazo de Luis, salió de su cámara, palpitando de curiosidad.

El doctor cumplió su promesa. Jamás un Rey, que se dirigiera al combate ó que tratara de hacer un reconocimiento en una plaza fuerte, jamás una Reyna, escoltada para emprender una aventura, se vió mas vulgarmente conducida y guiada por un capitan de guardias ó un gran oficial de palacio.

El doctor cerró la primera puerta, y en seguida se acercó á la segunda desde la cual se puso á escuchar con oído atento.

— ¡Cómo! ¿Es ahí donde se halla vuestro enfermo?

— No, señora; está en la segunda pieza. ¡Oh! á no ser así le hubiereis oído desde el otro extremo del

corredor: escuchad desde esta puerta, si os place.

En efecto; desde allí se oía el murmullo inarticulado de algunos quejidos.

— Se conoce que sufre, doctor; está gimiendo.

— No tal, señora, no gime; lo que hace es hablar mucho y aprisa.

Esperad, voy á abrir esta puerta.

— ¡ Oh! no; no quiero acercarme á donde él está! exclamó la Reyna retrocediendo.

— Tampoco yo os propongo semejante cosa, dijo el doctor. Lo que yo queria únicamente era que entrarais en la cámara, y que desde ella oyérais, sin temor de ver ó de ser vista, lo que diga en la suya el herido.

— Todos estos preparativos me infunden un miedo terrible, murmuró la Reyna.

— ¡ Pues qué será cuando le háyais oído! replicó el doctor.

—Y así diciendo, penetró solo en la habitación donde se hallaba Char-ny, el cual vestido con calzon de uniforme, mostrando su pierna nerviosa y bien formada, calzada con media de seda con rayas de ópalo y nacar, y sus brazos estendidos como los de un cadáver, y envueltos en unas mangas de batista pugnaba por levantar de la almohada su cabeza, que pesaba mas que si hubiera sido de plomo.

El sudor copioso que caia de su frente gota á gota, hacia tambien que los rizos de sus cabellos estuviesen pegados á las sienes.

Hallábase tan inerte y abatido, que no era mas que un pensamiento, un sentimiento, un reflejo: su cuerpo vivia únicamente, merced á aquella llama que se animaba é irritaba en su cerebro, como la luz en una lamparilla de alabastro.

Y no se crea que esta comparacion es inexacta; porque aquella lla-

ma, que era, por decirlo así, la única existencia del herido, alumbraba fantásticamente y de una manera suave ciertos detalles, que la memoria sola no hubiera podido convertir en largos poemas.

Charny se hallaba á la sazón refiriéndose á sí mismo su entrevista en el coche de alquiler con la dama alemana á quien habia acompañado desde París á Versalles.

— ¡Alemana ! alemana ! repetia sin cesar.

— Sí, alemana, repetia el doctor, y en el camino de Versalles, ya sabemos eso.

— ¡ Reyna de Francia ! exclamó repentinamente el herido.

— ¡ Bah ! nada menos que eso, repuso Luis, mirando hácia la habitacion donde se habia quedado la Reyna.

— ¿ Qué decis á esto, señora ?

— ¡ Oh ! puede haber nada mas horrible, murmuró Charny, que

amar á un ángel, á una muger, y amarla con tal delirio que daría uno la vida por ella, para no hallar luego, cuando se aproxima á su lado, mas que una Reyna, cubierta de terciopelo y oro! ¡un metal ó una tela, pero sin corazon!

—! Ah! exclamó el doctor riéndose con una risa forzada.

Charny prosiguió sin hacer alto en esta interrupcion:

—Yo preferiria mil veces una muger casada; porque la amaria con ese amor salvage que le hace á uno olvidarlo todo, y la diria: Todavia nos quedan algunos dias de felicidad sobre la tierra. ¿Valdrian tanto, ni con mucho, los que nos aguardan, pasados fuera del amor?

Ven, querida mia, ven, mientras que nos amemos, nuestra vida será la vida de los bienaventurados! Despues... ¿y bien, y qué?... despues vendrá la muerte, ó lo que es lo mismo, una vida semejante á la

que pasamos en este momento. Apresurémonos por lo tanto á disfrutar de los beneficios del amor.

—No está del todo mal razonado para un febricitante, murmuró el doctor, aunque la moral no es de las mas selectas que digamos.

—Pero... ¡y sus hijos!... exclamó Charny con rabia: Oh! ¡no querrá dejar sus dos hijos!

—Ese sí que es un obstáculo; *hic nodus*, exclamó Luis, enjugando el sudor de la frente del herido con una mezcla sublime de burla y de caridad.

—¡Oh! los hijos, prosiguió el jóven insensible á todo cuanto pasaba en torno suyo, podrian llevarse muy bien envueltos entre una capa de viage; los hijos!..

—Vamos despacio, Charny, vamos despacio, continuó hablando consigo mismo: puesto que te avienes á llevar en tus brazos á la madre, como si fuera tan leve como

una pluma de tórtola; puesto que te resuelves á llevártela sin sentir mas que un estremecimiento de amor, en lugar de una carga, ¿qué inconveniente hay en que te lleváras tambien los hijos de Maria?... ¡ Ah !...

Y al pronunciar estas palabras lanzó un grito terrible.

—Son tan pesados los hijos de un Rey, que el vacio que dejáran se sentiria en la mitad del mundo.

Luis dejó á esta sazón al enfermo, y se acercó á la Reyna, á la cual encontró en pie, fria y temblando; asióla de la mano, y observó que se estremecia tambien entre la suya.

—Teniais razon, le dijo Maria Antonieta. No es lo peor el delirio; ese pobre jóven correria un peligro real é inminente si llegaran á oir lo que dice.

—¡ Escuchad ! escuchad ! prosiguió el doctor :

—¡ Oh ! no ; ni una palabra mas.

— Ahora empieza á calmarse; oid, apela á los ruegos.

Efectivamente; Charny acababa de levantarse á esta sazón, y juntando las manos en ademan suplicante, decia fijando los ojos en el vago y quimérico infinito:

— ¡ Maria ! ¡ bien he conocido que me amábais ! ¡ Oh ! estad segura sin embargo de que nada diré. Vuestro pie se aproximó al mio en el carruage, y creí que iba á morir-me. Vuestra mano descendió hasta la mia... aqui... aqui... pero este secreto morirá conmigo. Mi sangre ha corrido de mi herida, es verdad; mas el secreto no ha salido ni saldrá con ella.

Mi enemigo ha mojado su espada en mi sangre; pero si bien ha conocido algo de mi secreto, respecto al vuestro no sabe una palabra. Nada temais por lo tanto, Maria: ni teneis tampoco que decirme que me amais: es inútil enteramente:

os ruborizais, y eso me basta.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el médico: esto no es solo efecto de la fiebre; mirad que calmado se encuentra... esto es...

—¿Qué? preguntó la Reyna con inquietud.

—Es un éxtasis, señora, y el éxtasis tiene muchos puntos de contacto con la memoria.

—En efecto; es la memoria de un alma, cuando se acuerda del cielo. ¡Oh! ya he oído lo bastante, murmuró la Reyna tan turbada, que hizo ademán de huir.

—¿Qué quereis hacer, señora? la dijo el doctor deteniéndola por la mano violentamente.

-- Nada; doctor, nada.

—Pero... ¿y si el Rey quisiese ver á su protegido?

—¡Ah! Seria una desgracia terrible.

—¿Qué le diré entonces?

—Doctor, á mí no me ocurre ni

una idea, ni una palabra; ese atroz espectáculo me ha embargado las facultades.

—Y vos habeis embargado su fiebre á ese estático, la dijo el doctor en voz baja; aqui ñay lo menos cien pulsaciones por minuto.

La Reyna desprendió su mano de entre las del doctor, y desapareció sin replicar palabra.

EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE LA AUTOPSIA DEL CORAZON ES MUCHO MAS DIFICIL QUE LA DEL CUERPO.

El doctor se quedó pensativo, mirando á la Reyna cuando se alejaba.

Luego moviendo de un lado á otro la cabeza, se dijo en voz baja á sí mismo:

—En este palacio hay misterios que no están bajo la jurisdiccion de la ciencia. Para curar las enferme-

dades comunes me armo de la lanceta y abro las venas del paciente; para curar estos misterios tengo que armarme de reconvenciones, y herirlos en el corazon: ¿lo conseguiré de esta manera?

Acto continuo, viendo que ya se habia pasado el acceso á M. de Charny, le cerró los ojos que se le habian quedado abiertos, le refrescó las sienes con agua y vinagre, y lo rodeó de esos cuidados que cambian la abrasadora atmósfera del enfermo en un paraíso de delicias.

Despues, y notando que las facciones del herido iban recobrando su calma habitual, que su fatiga iba convirtiéndose poco á poco en suaves suspiros; y que en vez de palabras furiosas salian de su boca tan solo algunas sílabas mal articuladas, el doctor prosiguió:

—No me cabe la menor duda de que aqui habia no solo simpatías,

sino influencia tambien: este delirio no parece sino que se levantó para salir al encuentro de la visita que el enfermo ha recibido: sí, los átomos humanos varian de sitio, como en el reino vegetal el polvo germinador; el pensamiento tiene sus comunicaciones invisibles, y los corazones sus relaciones secretas.

Y al llegar aquí en sus meditaciones, el doctor se volvió hácia atrás estremecido, y acechando con el oído y con la vista á un tiempo, murmuró:

— ¿Quién anda ahí?

En efecto: el médico acababa de oír al extremo del corredor una especie de murmullo semejante al que pudiera producir el roce de un trage de seda.

—Es imposible que sea la Reyna, pensó interiormente; no es fácil que se haya arrepentido despues de una resolucion probablemente invariable. Veamos.

Y dirigiéndose á la otra puerta del corredor, la abrió con mucho cuidado, y asomando por ella la cabeza sin hacer ruido, distinguió á la distancia de diez pasos á una muger con un largo traje con pliegues inmóviles, y parecida á la estatua fria é inerte de la desesperacion.

Era de noche, y la pálida luz que ardia en el corredor no era bastante para alumbrar del uno al otro extremo: pero un rayo de luna, que pasaba por la ventana, se reflejaba sobre ella, y la hacia visible los intervalos en que no se interponia ninguna nube.

El doctor penetró pausadamente, atravesó el espacio que separaba una puerta de otra, y en seguida abrió sigilosamente, aunque con mucha rapidez, aquella detrás de la cual se hallaba oculta la muger.

Esta dió entonces un grito, estendió las manos, y tropezó con

las del doctor Luis.

—¿Quién anda aquí? preguntó este con un acento que revelaba mas piedad que amenaza, adivinando, sin duda por la inmovilidad de aquella sombra, que escuchaba mas bien con el corazon que con los oídos.

—Soy yo, doctor, respondió una voz dulce y triste.

Aun cuando esta voz no era desconocida para el médico, únicamente despertó en él un vago y lejano recuerdo.

—Soy yo, doctor, repitió aquella: Andrea de Taverney.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿qué hay? exclamó el doctor: ¿se habria puesto mala ella tambien?

—¡Ella! repitió Andrea: ¿quién es esa *ella*?

El doctor conoció que acababa de cometer una imprudencia, y queriendo enmendarla, añadió:

—Perdonad, amiga mia; pero es-

taba casi seguro de haber visto alejarse á una muger: ¿seriais vos por ventura?

— ¡Ah! bien lo presumia yo: ¿no es verdad, doctor, que acaba de salir de aquí una muger?

Y Andrea pronunció estas palabras con una curiosidad tan vehemente, que no dejó la mas mínimo duda al médico acerca de la clase de sentimiento que las habia dictado.

— Pero ¿qué diablos estais diciendo, querida mia? repuso el doctor; no parece sino que estamos jugando á los despropósitos: veamos, ¿qué quereis? esplicaos lisa y llanamente.

— Doctor, replicó Andrea con una voz tan triste, que conmovió el corazón de aquel á quien interrogaba, vos que acostumbrais á decir la verdad, y que jamás me habeis engañado, no podeis menos de confesar que habia una muger aquí ha-

ce poco; confesadlo, puesto que yo tambien la he visto.

— ¡Eh! ¿quién dice que no ha venido nadie?

— Sí; pero yo me refiero á una muger, doctor.

— Ya se ve que ha venido una muger, y no podreis menos de convenir conmigo en que lo era á no ser que seais vos de aquellos que sostienen la tésis de que una muger solo lo es hasta los cuarenta años.

— ¡Ah! ¿con qué es decir que la que ha venido tiene cuarenta años? exclamó Andrea respirando por la primera vez.

— Cuando he dicho cuarenta años, le he perdonado al menos unos cuatro ó cinco; pero es preciso mostrarse galante con sus amigas, y Mad. de Misery lo es mia, y una de las que mas aprecio.

— ¿Mad. de Misery?

— Claro está.

— ¿Conque es ella la que ha ve-

nido ?

—¿ Y qué interés tendria yo en ocultároslo, si uese otra?

—¡ Oh ! es que.....

—Vamos, preciso es confesar que las mugeres son todas unas incomprendibles ; ¡ y yo ! pobre de mí ! que creia conoceros á vos en particular !... ¿ Sabeis que hay aqui motivo para darse al diablo ?

—Mi querido doctor!...

—Bien , bien : al grano.

Andrea le miraba con inquietud.

—¿ Se halla mala efectivamente?

—¿ Quién ?

—¡ Pardiez ! la Reyna.

—¡ La Reyna !

—Si , la Reyna , para quien hace un momento vino á buscarme Mad. de Misery : la Reyna , que no se ve libre nunca de sus sofocos y sus palpitaciones : triste enfermedad. Dadme pues noticias tuyas , si como supongo , venis de su parte , y

pasémos al punto á su cámara.

Y el doctor Luis hizo un movimiento, que indicaba su intencion de abandonar el sitio en que se encontraba.

—No, no, doctor, dijo Andrea deteniéndole suavemente, y respirando con mucha mas comodidad. Yo no vengo de parte de la Reyna, y hasta ignoraba que estuviese mala en este instante. ¡Pobre señora! si lo hubiese yo sabido..... Perdonad, pero ya no sé lo que me digo.

—Lo veo, señorita, lo veo.

—Y no solamente no sé lo que me digo, pero ni aun lo que hago tampoco.

—¡Oh! En cuanto a eso, yo sí lo sé: lo que haceis es poneros peor por instantes.

En efecto; Andrea habia soltado el brazo del doctor, y su mano pendia á lo largo de su cuerpo, fria, lívida é inanimada: su cabeza

empezaba á vacilar, y buscaba un punto de apoyo.

El doctor Luis la reanimó, y procuró infundirle aliento.

Andrea hizo entonces un violento esfuerzo sobre sí misma, y aquella alma vigorosa, que no se habia dejado abatir jamás, ni por los dolores físicos ni por los morales, tendió sus resortes de acero.

— Doctor, le dijo; ya sabeis que soy muy nerviosa, y que la oscuridad produce en mí efectos terribles: esta es la causa del estado extraño en que me encuentro.

— ¿Y por qué diablos os esponeis entonces á la oscuridad? ¿Quién os obliga á ello, puesto que nadie os envia, ni traeis objeto alguno, segun habeis dicho?

— Yo no he dicho que aquí no tenia que hacer *nada*, doctor; sino que no venia de parte de nadie.

— ¡ Ah, ah! ¿Sutilezas tenemos,

mi querida enferma? Entonces no estamos bien aqui; este sitio no es el mas á propósito para eso: de consiguiente, vámonos á otra parte. especialmente si vuestro ánimo es que conversemos largo rato.

—Diez minutos, doctor; este es todo el tiempo que os doy.

—¿Diez minutos? Corriente; pero en pie: mis piernas se oponen á semejante modo de dialogar; vamos, pues, á sentarnos.

—¿Adonde?

—A las banquetas del corredor; si no teneis inconveniente.

—¿Y creéis que alli no os podrá oir nadie? preguntó Andrea con sobresalto.

—Absolutamente nadie.

—¿Ni aun el herido que está alli? prosiguió Andrea en el mismo tono, y señalando al doctor aquella habitacion alumbrada por un suave y azulado reflejo, en la cual estaba clavando sus miradas desde que entró.

—Ni aun el herido, replicó el doctor; y aun pudiera añadir que en el caso de que alguno nos escuchara, no sería seguramente ese pobre mozo.

—Pues qué, ¿tan malo está, Dios mio? dijo Andrea juntando las manos con ademan suplicante.

—A decir verdad, no se halla muy bien que digamos. Pero ante todo, hija mia, despachaos á decirme el objeto que aqui os trae, puesto que ya sabeis que la Reyna me espera.

—Pues bien, doctor, repuso Andrea exhalando un suspiro; ya estamos en ello.

—¡Cómo! ¿Seria por ventura M. de Charny?

—El mismo, doctor; mi venida no tiene otro objeto que pedir os noticias suyas.

El silencio con que el doctor Luis acogió estas palabras fue un silencio glacial. Efectivamente, el médi-

co estaba comparando en aquel instante la impresion de Andrea con la de la Reyna, y al ver aquellas dos mugeres que habian enmudecido por un mismo sentimiento, creia reconocer por sus síntomas que lo que tenian era un violento amor.

Andrea, que ignoraba la visita de la Reyna, y que no podia leer cuanta piedad y benevolencia habia en el espíritu del doctor, interpretó su silencio por una reconvencion, formulada de un modo quizás demasiado severo, y sublevándose como de costumbre contra aquella espresion, le dijo:

— Paréceme, doctor, que pudierais excusar muy bien el paso que acabo de dar, puesto que Mr. de Charny se halla enfermo á consecuencia de una herida recibida en un desafio, y causada por mi hermano.

— ¡Vuestro hermano! exclamó el doctor; ¿conque ha sido Mr. de Ta-

verney el que ha herido á Mr. de Charny?

— Sin duda que sí.

— ¡Oh! yo ignoraba esa circunstancia.

— Pero ahora que lo sabeis, ¿no convenis conmigo en que yo deba procurar tener noticias del estado en que se encuentra el herido?

— ¡Oh! si tal, hija mia, repuso el buen doctor, dándose el parabien de hallar un motivo plausible para ser indulgente. Yo ignoraba eso, repito, y en vano procuraba indagar la verdadera causa.

Y recalcando estas palabras, dió á entender á la señorita de Taverney, que si adoptaba la consecuencia que ella habia sacado, era haciendo algunas salvedades.

— Vamos, doctor, repuso Andrea apoyando las dos manos en el brazo de su interlocutor, y mirándole frente á frente; conclud vuestro pensamiento.

—Nada mas tengo que añadir: ¿á qué asunto habia yo de hacer restricciones mentales?

—Un duelo entre caballeros es una cosa demasiado comun, un acontecimiento que está sucediendo todos los dias.

—Lo único que podria dar importancia á ese duelo, seria el que nuestros dos jóvenes se hubiesen batido por una muger.

—¿Por una muger, doctor?

—Sí, por vos, verbi-gracia.

—¡Por mí! repitió Andrea dando un hondo suspiro. No creais tal, doctor, no es por mí por quien se ha batido Mr. de Charny.

El doctor aparentó que se contentaba con esta respuesta, pero queriendo atrapar á todo trance la explicacion del suspiro de su interlocutora, dijo á esta:

—Pero en todo caso, comprendo que vuestro hermano haya querido enviaros para tener noticias exac-

las acerca de la salud del herido.

—¡Eso es, doctor, eso es! exclamó Andrea.

—¡Oh! dijo el doctor para sí, clavando á su vez los ojos en Andrea; quiero saber, alma inflexible, lo que tienes en el corazón, y voy á saberlo.

Luego añadió en voz alta:

—Pues bien! entonces voy á decirlos la verdad, como debe decirse á toda persona que tiene interes en saberla. Comunicádsela despues á vuestro hermano para que obre con arreglo á ella... ¿Comprendeis lo que quiero decir?

—No, doctor; en vano busco la esplicacion de las palabras: «Para que obre con arreglo á ella.»

—Vedla aqui... Un duelo, aun en la época presente, es una cosa muy poco agradable á los ojos del Rey; y aun cuando S. M. no manifiesta gran empeño en que se observen los

edictos sobre el particular, cuando ocurre un desafío escandaloso suele desterrar ó reducir á prision á los que en él han tomado parte.

—Es verdad, doctor.

—Y cuando hay de por medio la muerte de un hombre, el monarca es en tal caso inflexible. Aconsejad por lo tanto á vuestro querido hermano que se ponga á cubierto de cualquier desgracia que pudiera sobrevenirle.

—¡Ah, doctor! exclamó; ¿conque está efectivamente tan malo M. de Charny?

—Escuchad, señorita; he prometido deciros la verdad, y voy á cumpliros mi promesa. ¿Veis aquel pobre mozo que está durmiendo allí ó mas bien que hipea, en aquella habitacion?

—Sí, doctor, repuso Andrea con voz ahogada; ¿y qué?....

—Que si no se ha salvado para mañana á estas horas, que si la

fiebre que acaba de nacer y le devora, no ha cesado, M. Charny morirá irremisiblemente.

Andrea se llevó la mano á la garganta, conociendo que iba á escapársele un grito, y se metió las uñas en la carne para atenuar algun tanto por medio del dolor físico aquella angustia que le desgarraba el corazon.

El doctor Luis no pudo ver sobre sus facciones el efecto que acababa de producir en ellas aquella lucha.

—Mi hermano, repuso la señorita de Taverney, no tiene por qué huir, puesto que si ha herido á M. de Charny, ha sido noblemente, y defendiéndose de sus ataques: de consiguiente, si por desgracia llega á ser causa de su muerte, Dios le juzgará.

—Vamos, está visto, dijo para sí el doctor, que no ha venido por su propia cuenta; tal vez lo habrá

hecho en nombre de la Reyna: veamos, pues, si S. M. ha llevado su imprudencia hasta ese grado.

—¿Y cómo ha tomado la Reyna ese duelo? preguntó en voz alta.

—¿La Reyna? no lo sé, repuso Andrea: ¿qué interés puede tener en ello S. M.?

—¿Interés? ninguno que yo sepa, á no ser el afecto que profesa á M. de Taverney.

—¡Pues bien! M. de Taverney ha salido ileso, y es de esperar por lo tanto que S. M. lo de enderá en el caso de que se le acuse.

El doctor comprendió que habia sido batido las dos veces, y resolvió abandonar por ende la partida.

—¡Qué diablo! exclamó para sí, en resumidas cuentas, yo no soy un fisiólogo sino un cirujano, que cree conocer bastante bien el juego de los músculos y de los nervios; de consiguiente ¿quién me manda meterme á investigar el de los capri-

chos y las pasiones de las mugeres?

Luego añadió en voz alta :

—Señorita, creo haberos dicho cuanto deseábais saber ; ahora , haced lo que os plazca respecto á hacer huir ó no á vuestro hermano ; eso únicamente os concierne á vos. En cuanto á mí , mi único deber es procurar salvar esta noche al herido , el cual , á no ser que mis cuidados lo impidan , me seria arrebatado por la muerte , que continúa tranquilamente su obra. Quedad con Dios.

Y así diciendo , cerró la puerta en pos de sí.

Andrea se pasó por la frente su mano convulsiva , y se quedó á solas con esta espantosa realidad. Parecíale que la muerte , de la cual acababa de hablar el doctor con tanta indiferencia , descendía ya sobre aquella habitacion , y paseaba su blanco sudario por el corredor oscuro.

El viento producido por aquella

fúnebre aparición congeló sus miembros, y obligándola á refugiarse en su cuarto, cerró la puerta dando dos vueltas á la llave, y exclamó cayendo de rodillas sobre la alfombra que habia al pie de su lecho, y con una energia salvaje:

—¡Dios mio! ¡vos no sois injusto, cruel, ni insensato! ¡Vos que todo lo podeis, no querreis consentir en que muera ese jóven que no ha hecho mal á nadie y que es amado en este mundo! ¡Dios mio! ¡ya sabeis que nosotros, míseros mortales, solamente creemos de veras en el poder de vuestra piedad, si bien temblamos á veces ante vuestra cólera! Pero yo ¡Dios mio! que elevo á vos mis fervientes súplicas... yo... he sido ya bastante probada en este mundo, en el cual he sufrido tanto sin haber cometido ningun crimen.

¡Pues bien! á pesar de eso, mi corazon no ha proferido aun ningun-

na queja, ni he dudado nunca de vos. Si hoy que me atrevo á elevar hácia vos una ferviente plegaria, si hoy que os pido una gracia, que anhelo la vida de un hombre... rehusais concedérmela, diria que habiais abusado de mí valiéndoos de todas vuestras fuerzas, y que sois un Dios de sombría cólera y de desconocidas venganzas; diria.... ¡Oh! perdon, ¡Dios mio! ¡perdon!... ¡estoy blasfemando!.... ¡y sin embargo no habeis descargado vuestros golpes sobre mí!... ¡Perdon! ¡perdon! Ya reconozco, Dios mio, que sois el Dios de la clemencia y de la misericordia.

Andrea sintió al terminar esta plegaria que su vista se iba estinguendo y entumeciéndose sus músculos: de allí á un instante cayó hácia atrás inanimada, con el cabello esparcido, y permaneció largo rato sobre el pavimento, inmóvil como un cadáver.

Cuando despertó de aquel helado sueño, y los fantasmas y los dolores se ocurrieron á su memoria, murmuró con acento siniestro:

— ¡Oh! ¡Dios mio! no habeis sido conmigo misericordioso: veo que habeis querido castigarme.... ¡puesto que le amo!... ¡Oh! si; ¡le amo!... ¿no es este bastante martirio?

¿Querreis matármelo ahora?

EL DELIRIO.

Dios habia escuchado sin duda las oraciones de Andrea: M. de Charny no habia sucumbido á su acceso de fiebre.

Mientras que aquella absorvia con avidez á la mañana siguiente las noticias del herido, pasaba este, merced á los desvelos del doctor Luis, de la muerte á la vida. La inflamacion habia cedido á la in-

fluencia de los remedios, y empezaba el restablecimiento.

Una vez en salvo el caballero de Charny, el doctor no le prodigaba sus cuidados mas que á medias, y empezó á ocuparse menos de su persona, cuyo interés habia decaido para él. Para los médicos importa muy poco un viviente, especialmente cuando se halla este en la convalecencia ó empieza á sentir alguna mejoría. Al cabo de ocho dias, durante los cuales se tranquilizó completamente Andrea respecto á la salud del enfermo, el doctor Luis, que conservaba perfectamente en la memoria cuanto este habia charlado durante su delirio, creyó oportuno trasladarlo á una habitacion mas retirada que la que habia ocupado hasta entonces. Pero Charny se sublevó á la primera tentativa, y alzando sobre el doctor los ojos chispeantes de cólera, le dijo que se hallaba en el pa-

lacio del Rey, y que nadie tenia derecho para plantar en la calle á un hombre, á quien S. M. habia concedido un asilo en su regia morada.

El doctor, cuya complacencia para con los convalecientes rebeldes tenia muy estrechos límites, mandó entrar sin andarse en chiquitas á cuatro criados, los cuales se apresuraron á obedecerle á la primera indicacion.

Pero Charny se incorporó en el lecho, y sacudiendo un descomunal puñetazo al que tenia mas cerca, contuvo á los otros, amenazándoles, como Cárlos XII á Bender.

El doctor Luis procuró entonces convencer con buenas razones al herido, y este se mostró en un principio bastante lógico; mas como los criados insistian, hizo un esfuerzo tan desesperado, que su herida volvió á abrirse, y al mismo tiempo que la sangre, empezó á

faltarle tambien la razon, cayendo en un delirio mucho mas violento que el primero.

El infortunado jóven daba desesperados gritos, diciendo que querian sacarlo de palacio para privarle de las visiones que se le habian aparecido en sueños, pero que lo intentaban en vano, mediante á que estas proseguian sonriéndole, á que era amado, y á que vendria á visitarle mal que le pesase al doctor, puesto que aquella á quien él amaba, nadie se atreveria á darle una negativa.

Al oir estas palabras, apresuróse temblando el médico á despedir á los criados, recogió los lábios de la herida, y decidido á cuidar de la razon despues que el cuerpo, volvió á poner la materia en un estado satisfactorio, si bien no consiguió contener el delirio: circunstancia que empezó á inspirarle sérios temores, considerando que

el extravío de la razón del enfermo podria degenerar fácilmente en locura.

El retroceso de la enfermedad fue tan grande en un solo dia, que el doctor Luis creyó llegado el caso de apelar á los remedios heróicos, puesto que de no hacerlo asi, veia que el jóven no solamente se perdía á sí mismo, sino que iba á labrar tambien la pérdida de la Reyna: á fuerza de tanto hablar, habia ya empezado á dar gritos, y á fuerza de tanto evocar recuerdos, concluía por inventar quimeras; lo peor de todo era que en sus momentos lúcidos, los cuales eran muchos, Charny se mostraba mas loco aun que en medio de su locura.

Apurado el médico hasta mas no poder, y no pudiendo conminar al doliente con la autoridad del monarca, en la cual fundaba aquel tambien su apoyo, resolvió dar cuenta

á la Reyna de lo que ocurría, y aprovechó para ponerlo en práctica un momento en que se habia quedado dormido Charny, cansado de referir sus sueños y de llamar á su vision.

El doctor Luis encontró en su cámara á María Antonieta en ademán pensativo al par que risueño, porque suponía que aquel la llevaba acerca del enfermo alguna buena noticia.

Su sorpresa por lo tanto fue mucho mayor, cuando á su primera pregunta respondió el médico sin rodeo alguno que el enfermo se hallaba muy mal.

— ¡Cómo! exclamó María Antonieta: ¡pues no se hallaba ayer casi bueno!

—No, señora, no: precisamente todo lo contrario.

—Creo no obstante, si mi memoria no me es infiel, que no digísteis eso á Mad. de Misery, á

quien os envié para que me dierais noticias del herido.

— Me engañaba y os engañaba, señora.

— Pero ¿á qué viene todo eso? replicó la Reyna poniéndose pálida: ¿qué necesidad teníais de ocultarme su estado? Por muy malo que se halle el caballero de Charny, la desgracia que yo tendria que temer es! demasiado comun, para andar con semejantes misterios.

— Señora...

— Y si por el contrario, va mejor, no se á qué viene causarme una inquietud, muy natural tratándose como se trata de un buen servidor del Rey!... Conque, vamos, doctor decidme lisa y llanamente, ¿cómo se encuentra el enfermo? ¿Bien ó mal? ¿Está de peligro?

— Sí, señora, lo está: aunque de menos peligro para él, si se quiere, que para otros.

— ¡Oh! ¡empezais otra vez con

vuestros enigmas! exclamó impaciente Maria Antonieta. Vamos, explicaos sin rodeos.

—Eso es mas difícil de hacer que de decir, señora: bástele, por tanto, á V. M. saber, que la enfermedad de M. de Charny es moral principalmente: la herida no es mas que un accesorio en los sufrimientos, un pretesto para el delirio.

—Una enfermedad moral! ¡M. de Charny una enfermedad moral!

—En efecto, señora; así llamo yo á aquellas que no pueden analizarse con el escalpelo. Díguese pues, V. M. ahorrarme el compromiso de explicarme mas categóricamente.

—Quereis decir, segun eso, que el conde... insistió la Reyna.

—¿Se empeña V. M. en que hable á todo trance?

—Sin duda que sí.

—Pues bien, señora; lo que yo quiero decir á V. M. es que M. de Charny se halla enamorado. V. M.

queria una esplicacion , y ya se la he dado ; la culpa no es mia.

La Reyna hizo entonces un ademán que podia traducirse con estas palabras: ¡ Vaya una salida !

— ¡ Pues qué ! señora , ¿ cree por ventura V. M. que se curan tan fácilmente las heridas de esta clase ? repuso el médico : no ; el mal empeora , y del delirio transitorio M. de Charny caerá en una monomania mortal.

— Entonces...

— ¿ Qué ?

— Entonces , señora , habreis sido vos quien ha labrado la pérdida de ese jóven.

— Verdaderamente, doctor, que tenéis á veces cosas tan extraordinarias !..... ¡ Conque seré yo la causa de la pérdida de ese hombre ! ¿ Tengo acaso la culpa de su locura ?

— Asi es en efecto.

— ¿ Sabeis , doctor , que vais con-

siguiendo ya el incomodarme?

— Si V. M. no es la causa en el momento presente, prosiguió el inflexible doctor encogiéndose de hombros, lo será mas tarde.

— Aconsejad, pues lo que debe hacerse; repuso la Reyna con acento un poco mas suave.

— ¿V. M. querrá decir, sin duda, que recete lo que me parezca?

— Si lo estimais oportuno.

— Vedlo aqui: receto, que ese jóven sea curado por medio del bálsamo ó del hierro: mátelo ó cúrelo la muger cuyo nombre invoca á cada momento.

— ¡Vuelta otra vez á los estrechos! exclamó la Reyna sin poder reprimir su impaciencia. Matar!... curar!... Pura palabreria! ¿Se mata por ventura á un hombre con un desden? Se cura acaso á un pobre loco con una sonrisa?

— ¡Ah! si tambien V. M. es incrédula, entonces nada mas tengo

que hacer aqui.

—Pues qué, ¿se trata de mí, doctor?

—Yo no lo sé, ni quiero saberlo tampoco: lo único que repetiré á V. M. es que M. de Charny es un loco razonable, á quien la razon puede enloquecer y matarlo, y la locura curarlo y devolverle el juicio. Esto supuesto, cuando V. M. quiera libertar al palacio de los gritos del enfermo, de sus ensueños, y del escándalo que promueve, no tiene mas que tomar un partido.

—¿Cuál?

—Perdoneme V. M. y tenga presente que yo doy recetas pero no consejos. Ahora bien; ¿creeis que estaré yo bien seguro de haber oido lo que mis oidos han escuchado, y visto lo que han presenciado mis ojos?

—Figuraos que comprendo lo que quereis decirme; ¿qué resultaria

entonces?

—Resultarian dos cosas buenas: una, la mejor para V. M. y para todos nosotros, que el enfermo herido en el corazon por el puñal infalible que se llama juicio, vea el término de su agonía. La otra..... la otra..... ¡Ah! señora, conozco que he hecho muy mal en encontrar dos salidas á este laberinto. Para María Antonieta, para la Reyna de Francia, no hay mas que una.

—Os comprendo, doctor; habeis hablado con franqueza; es preciso que la muger por quien ha perdido la razon M. de Charny, se la devuelva de grado ó por fuerza.

—Perfectamente, señora; eso es.

—Es preciso que esta muger tenga el valor necesario para ir á arrancarle sus ensueños, ó sea la serpiente que vé enroscada en lo mas profundo de su alma.

—Eso mismo.

—Pues bien, doctor; llamad á cualquiera de mis damas; á la señorita de Taverney, si os place.

—¿A la señorita de Taverney? repitió el médico.

—Sí; y preparad de paso la habitacion del enfermo de manera que pueda recibirnos con decoro.

—Bien está, señora.

—Confesad, sin embargo, murmuró la Reyna, que es mucho mas triste que lo que parece el ir á buscar la vida ó la muerte á un hombre.

—Eso me sucede á mí á cada paso, cuando tropiezo con alguna enfermedad desconocida; asi es que no puedo menos de preguntarme interiormente: el remedio que voy á aplicarle, ¿curará ó matará al enfermo?

—¿Y estais seguro de matarle, ¿no es verdad? preguntó la Reyna estremeciéndose.

— ¡Eh! repuso el doctor con sombrío acento; ¿y qué tendria de particular que muriese un hombre por el honor de una Reyna, cuando mueren á millares por el capricho de un Rey? Vamos, señora: vamos.

La Reyna suspiró, y echó á andar en pos del médico, sin haber logrado encontrar á Andrea.

Eran las once de la mañana. Charny completamente vestido, se hallaba recostado en un sillón, durmiendo y descansando de la agitación de una noche terrible. Las persianas del aposento, cerradas con todo cuidado, apenas dejaban pasar mas que un débil rayo de luz. Todo, en una palabra, se hallaba dispuesto de manera que hiriese lo menos posible en el enfermo aquella sensibilidad nerviosa, causa primordial de sus sufrimientos.

Nada se veia, nada se oia, nada se palpaba. El doctor Luis, que

habia tomado las precauciones mas minuciosas para prevenir una peligrosa recaída, hallábase decidido, sin embargo, á arrostrarlo todo, y no retrocedia ante una crisis que podia matar á su enfermo: verdad es que esta crisis tambien podia salvarle.

La Reyna vestida con un traje de mañana, y peinada con un abandono elegante, entró precipitadamente en el corredor que conducia al aposento de Charny. Habíala recomendado el doctor que no vacilara, que se presentara ante el enfermo repentinamente y con resolucion para producir en él un efecto violento, y María Antonieta siguió fielmente estas instrucciones, levantando con tal viveza el picaporte cincelado de la primera puerta de la antecámara, que una persona que se hallaba escuchando en la de la habitacion de Charny apenas tuvo el tiempo necesario para reponerse

y para aparentar una tranquilidad, que desmentían ostensiblemente el trastorno de su semblante y el temblor de sus manos.

— ¡Andrea! exclamó la Reyna sorprendida... ¡Vos aquí!

— Sí, señora; sí.... aquí estoy... repuso Mad. de Taverney pálida y turbada. No debe extrañarlo V. M., puesto que vos misma...

— Oh! oh! una complicacion! murmuró el médico.

— Os he andado buscando por todo el palacio, prosiguió la Reyna: ¿donde os habiais metido?

Y al pronunciar estas palabras, habia en el acento de Maria Antonieta cierto no sé qué, contrario á su bondad habitual: venian á ser, por decirlo así, el preludio de un interrogatorio, el síntoma de una sospecha.

Andrea se estremeció, porque temia que su imprudencia diese á su ama la clave de los sentimientos,

que tanto la asustaban interiormente: así es que á pesar de su natural orgullo se resolvió á mentir por segunda vez, contestando á la pregunta de la Reyna:

—Aquí estaba, señora; ya lo está viendo V. M.

—Cierto que sí, ¿pero qué haciais en este sitio?

—Habíanme dicho que V. M. me llamaba, y he venido á encontraros.

—¿Y cómo os habeis compuesto para adivinar á dónde me dirigia? insistió la Reyna, cuya desconfianza no se habia disipado aun.

—Es muy sencillo, señora: sabia que el doctor Luis se hallaba en vuestra cámara, y que poco despues os vieron venir con él hácia este lado, y desde luego supuse que V. M. no podia dirigirse mas que á este pabellon.

—Perfectamente adivinado, repuso la Reyna sin perder del todo sus

sospechas , aunque con acento menos duro.

Andrea quiso hacer un último esfuerzo , y añadió con la sonrisa en los labios:

— Asi es que al momento me ocurrió la idea de venir á buscaros aquí, punto menos que segura de que no cometia en ello una indiscrecion, puesto que si V. M. hubiera tenido intencion de ocultarse , no hubiera escogido el camino de las galerias descubiertas. Cuando V. M. atraviesa el terrado, la veo yo perfectamente desde mi habitacion, y nada hay mas fácil que seguir ó preceder á alguno á quien hemos visto desde lejos.

— Es mucha verdad, dijo la Reyna; yo tengo la maldita costumbre de no adivinar nada nunca, y como soy además poco reflexiva, me cuesta trabajo creer en la reflexion de los otros.

Maria Antonieta presentia que

necesitaba usar de indulgencia, quizás porque se acordó de que tenía necesidad de una confidenta.

Su alma, por otra parte, no era un compuesto de coqueteria y de desconfianza como la de las mugeres vulgares, y tenía fé en su amistad por lo mismo que estaba persuadida de que sabia amar. Las mugeres que desconfian de sí mismas desconfian tambien de las otras. La mayor desgracia de las coquetas es la de no creerse jamás amadas por sus amantes.

Maria Antonieta, por lo tanto, olvidó al momento la impresion que le habia causado la señorita de Taverney cuando la encontró á la puerta de la habitacion de Charny y asiéndola de la mano la hizo levantar el picaporte, y penetró la primera con una rapidez extraordinaria en el aposento del enfermo; Andrea y el doctor se quedaron en la antecámara.

Así que la señorita de Taverney vió desaparecer á la Reyna, dirigió hácia el cielo una mirada llena de dolor y de cólera, y la espresion de la cual parecia ser una imprecacion furiosa.

El bueno del doctor la cogió del brazo, y encaminándose con ella hácia el corredor, le dijo:

— ¿Creeis que S. M. obtendrá un buen resultado?

— ¡Un buen resultado! ¿pues qué intenta? preguntó Andrea.

— Conseguir que acceda á ser trasportado fuera de aqui ese pobre jóven, que morirá sinó á poco que le dure la fiebre.

— ¡Ah! ¿y en otra parte curaría? exclamó Andrea.

— Creo que sí, repuso el doctor, mirándola con sorpresa é inquietud.

— ¡Oh! pues entonces, ¡plegue á Dios que consiga S. M. su objeto! añadió la pobre jóven.

CONVALECENCIA.

La Reyna entretanto se habia dirigido sin vacilar hácia el sillón donde se hallaba Charny, el cual alzó la cabeza, al oír el ligero ruido que las chinelas de Maria Antonieta hacian sobre la alfombra.

— ¡La Reyna! murmuró este, haciendo un esfuerzo para levantarse.

→ La Reyna, sí, caballero, se

apresuró á contestar María Antonieta: la Reyna que sabe cuánto estais haciendo para perder la razon y la vida; la Reyna á quien ofendeis en vuestros ensueños y en vuestras vigiliass; la Reyna, en fin, que viene á cuidar de su honor y de vuestra seguridad. Ved aqui la razon por qué la Reyna viene á visitaros, caballero; y á fé que no es de esa manera como debiais recibirla.

Charny se habia levantado temblando y fuera de sí de sorpresa: poco despues, y al oir las últimas palabras de la Reyna, dejóse caer de rodillas tan abrumado por el dolor físico y el dolor moral, que inclinado en esta postura propia de un culpable, ni quería ni podia ponerse en pie.

— ¿Es posible, continuó la Reyna conmovida por aquel respeto y aquel silencio, es posible que un caballero, famoso en otro tiempo por

su esclarecida lealtad, se encarnice ahora como un enemigo contra la reputacion de una muger? Porque, escuchadme atento, caballero Charny, desde nuestra primera entrevista no ha sido la Reyna á quien habeis visto, ni á quien yo os he mostrado; era una muger, y vos no debísteis olvidarlo jamás.

Impelido el jóven por estas palabras que salian del corazón de la Reyna, quiso articular una palabra para defenderse; pero María Antonieta se lo prohibió, apresurándose á decir:

—¿Qué harán mis enemigos al ver que vos sois el primero á darles un ejemplo de traicion?

—¡Traicion....! balbuceó Charny...

—Escoged, caballero, lo que mejor os parezca; ó sois un insensato, y voy á quitaros los medios de que hagais mal, ó sois un traidor, en cuyo caso voy á casti-

garos.

— ¡Oh! señora! no me digais tal cosa. Semejante acusacion en la boca de los Reyes es el preámbulo de una sentencia de muerte: en boca de una muger, deshonra: matadme, pues, como Reyna, ó perdonadme como muger.

— ¿Estais en vos, caballero Charney? dijo la Reyna con voz alterada.

— Sí, señora, estoy en mi cabal juicio.

— ¿Remuerden á vuestra conciencia las faltas que habeis cometido contra mí, y vuestro crimen contra el Rey....?

— ¡Dios mio! murmuró el infortunado jóven.

— ¡Sí, contra el Rey! replicó la Reyna: porque vosotros los caballeros olvidais con sobrada facilidad que el Rey es el esposo de esta muger á quien todos insultais, osando poner en ella vuestras mira-

das: el Rey es el padre de vuestro futuro amo, mi Delfin; el Rey es un hombre mas grande y mas y mucho mejor que todos vosotros; un hombre á quien yo venero y amo.

—¡ Oh! murmuró Charny exhalando un sordo gemido, y viéndose obligado para sostenerse á apoyar una mano sobre el pavimento.

Aquel gemido atravesó el corazon de la Reyna por que conoció en la apagada mirada del jóven que acababa de ser herido de muerte si no se apresuraba á estraer de la herida el hierro que habia introducido en ella.

Asi es, que naturalmente dulce y compasiva, asustóse de la palidez y de la debilidad del culpable, y estuvo á punto de pedir socorro; reflexionando, empero, que Andrea y el doctor interpretarían quizás equivocadamente el pasmo del enfermo, resolvió levantar á este con

sus propias manos.

—Hablemos, le dijo en seguida, yo como Reyna, y vos como hombre. El doctor Luis ha querido hacer un ensayo para devolveros la salud y el juicio: esa herida, que en un principio no era casi nada, va empeorando por las estravagancias de vuestro cerebro. Si no os enmendais, ¿cuándo conseguireis una curacion completa? ¿cuándo cesareis de ofrecer al buen doctor el espectáculo escandaloso de una locura que le llena de inquietud? ¿cuándo podreis salir de palacio?

— ¡Ah! señora! balbuceó Char-ny; puesto que V. M. me echa..... voy á partir al punto..... ahora mismo.....!

Y así diciendo, hizo un ademán tan violento para partir, que perdiendo el equilibrio, vino á caer en brazos de la Reyna, que los dió para sostenerlo.

Apenas sintió el herido el con-

tacto del enardecido pecho que lo sostenia , apenas se sintió estrechado por la presion involuntaria del brazo que rodeaba su cuerpo , la razon le abandonó enteramente , abrióse su boca para franquear el paso á una respiracion devoradora, que no era una palabra y que tampoco osaba ser un beso.

La Reyna misma conmovida tambien por aquel contacto , y desar-
mada por aquella debilidad , no tuvo el tiempo necesario para depositar el inanimado cuerpo del caballero sobre el sillón , é intentó escapar de la estancia ; pero la cabeza de Charny se habia caído hácia atrás , estaba tocando la madera del asiento ; un ligero matiz de rosa coloraba la espuma de sus labios , de su frente habia caído sobre las manos de Maria Antonieta una gota de helado sudor , y no se atrevió á abandonarle en semejante estado.

—¡ Oh ! tanto mejor , murmuró

entonces el jóven , tanto mejor ! vos sois quien me mata.

La Reyna se olvidó de todo al oir estas palabras , y volviendo á cojer á Charny en sus brazos lo levantó del suelo , estrechó su cabeza contra su pecho , y apoyó una mano helada sobre el corazon del jóven.

El amor hizo un milagro : Charny resucitó : abrió los ojos , pero la vision habia desaparecido. La muger se espantaba de haber dejado un recuerdo alli , donde creia únicamente dejar una eterna despedida , y dió tres pasos hácia la puerta con tal precipitacion que el jóven apenas tuvo tiempo para asir el borde de su falda , gritando :

— Señora , en nombre del respeto que tengo á V. M. , respeto poco menos que el que profeso á Dios...

— ¡ Adios ! Adios ! dijo la Reyna.

— ¡ Oh ! señora ! perdonadme ! perdonadme !

—Si, si, os perdono, caballero Charny.

—Señora, por piedad, una última mirada.

—Caballero Charny, exclamó la Reyna temblando de emocion y de cólera, si no sois el último de los hombres, el mas despreciable de todos ellos, esta noche ó mañana á mas tardar, debereis haber partido de palacio, ó muerto en él.

Cuando una Reyna manda en estos términos, mas bien puede decirse que ruega. Charny debió conocerlo, porque, juntando las manos con alegre frenesí se arrastró arrodillado hasta los pies de Maria Antonietta, la cual habia abierto ya la puerta de la estancia para huir mas pronto del peligro.

Andrea de Taverney, cuyos ojos devoraban aquella puerta desde el principio de la conversacion de la Reyna con Charny, vió al jóven

prosternado y á Maria Antonieta próxima á desfallecer; en los ojos del primero leyó la esperanza y el orgullo, al paso que los de la segunda se inclinaban hácia el suelo casi del todo amortiguados.

Herida en el corazon, desesperada y henchida de ódio y de desprecio, no por eso inclinó la frente. Cuando la Reyna salió de la estancia del enfermo, parecíale á la infortunada jóven que Dios habia andado demasiado pródigo con aquella muger al dotarla de un trono y de tan gran belleza, puesto que tambien le habia concedido la media hora que acababa de pasar con Charny.

El doctor por su parte veia demasiadas cosas para fijar su atencion en ninguna: entregado en cuerpo y alma al éxito de la negociacion entablada por la Reyna, limitóse únicamente á preguntar á esta:

—¿Qué resultado ha tenido la entrevista?

Maria Antonieta se tomó un minuto para responder y para recobrar su voz, sofocada por los latidos de su corazón.

—¿Qué dice el herido? insistió el doctor Luis.

—Partirá, murmuró la Reyna.

Y sin fijar la atención en Andrea que fruncia el ceño, ni en el doctor Luis, que se puso á restregarse las manos, atravesó con pasos ligeros el corredor y la galería, tapóse maquinalmente con su rico manto el rostro, y entró en su cámara.

Andrea estrechó la mano del doctor, que se dirigió presuroso á la habitación del enfermo, y en seguida con paso mesurado y solemne como el de una sombra regresó á su habitación, con la cabeza baja, la mirada abatida y el pensamiento distraído.

La pobre jóven ni se habia acordado siquiera de pedir á Maria An-

tonieta sus órdenes; para una naturaleza como la suya, la Reyna no era nada, y la rival lo era todo.

Mr. de Charny, repuesto extraordinariamente, merced á los cuidados del doctor, no era ya el mismo hombre que la vispera.

Fuerte hasta un grado exagerado, y atrevido hasta el extremo de echar fanfarronadas, dirigió al bueno del médico preguntas tan apremiantes y tan enérgicas acerca de su próxima convalecencia, sobre el régimen que debería seguir y sobre los medios de transporte, que el doctor llegó á temer una recaída mas peligrosa, producida por una manía de otro género.

Charny, sin embargo, le desengañó bien pronto. Semejábase á un hierro candente cuyo color se va amortiguando á medida que disminuye la intensidad del fuego, y el cual, aun cuando aparece negro á la vista, quema todavia lo suficien-

te para devorar todo cuanto á él se aproxime.

El doctor Luis vió recobrar al enfermo su calma y su lógica habitual, y se quedó no poco admirado cuando halló á este tan razonable, que se puso á esplicarle el motivo del repentino cambio de su resolucion.

—La Reyna, mi querido doctor, le dijo, me ha curado: avergonzándome mucho mejor de lo que vos hubiérais podido hacerlo con vuestras recetas; atacándome por el flanco del amor propio, se me doma con la misma facilidad que á un caballo con el freno.

— Tanto mejor, tanto mejor, murmuraba el médico.

—Si, amigo mio, parézcome á cierto español ponderativo y fanfarron como suelen serlo en su pais, el cual me decia para probar-me la fuerza de su voluntad, que cierto dia en que fue herido en un

duelo, le había bastado querer retener su sangre para conseguirlo, evitando el que corriese, y su aspecto recrease los ojos de su adversario. Cuando tal me dijo, confieso que no dejé de reirme del buen español; la experiencia, sin embargo, ha venido á demostrarme que mi carácter se parece algún tanto al suyo, puesto que si la fiebre y el delirio que me echábais en cara poco há, quisiesen reaparecer, estoy seguro de que los contendría diciéndoles: ¡quietos, no reaparezcais!

—Hay mas de un ejemplo de ese fenómeno, dijo gravemente el doctor: permitidme, no obstante, que os felicite por ello, puesto que si no me engaño moralmente estais curado del todo.

—¡Oh! sí, del todo.

—Perfectamente: ahora vereis la relacion que existe entre lo físico

y lo moral del hombre. Es una preciosa teoría, con la cual llenaría yo un libro si hubiese tiempo para ello. Sano del espíritu, lo estareis igualmente del cuerpo antes de ocho días.

— Gracias, mi querido doctor.

— Al efecto, empecemos por partir de palacio cuanto antes.

— Cuando gustéis; si os place, ahora mismo.

— No, ahora no; esperemos á la noche: el proceder por extremos, siempre es arriesgado.

— Esperemos, pues, á la noche.

— ¿Tendriais ánimo para ir lejos?

— Al fin del mundo, si preciso fuese.

— ¡Bah! no; para la primera salida sería eso demasiado, repuso el doctor con la misma flemma; contentémonos por de pronto con ir hasta Versalles; ¿he?

—¿A Versailles? sea, puesto que así lo quereis.

—Paréceme, prosiguió el doctor, que el haber curado de vuestra herida, no es una razon para que querais espatriaros.

Esta estudiada tranquilidad acabó de fortalecer la razon de Charney, el cual se apresuró á responder:

—Efectivamente, doctor; habíame olvidado de que tengo una casa en Versailles.

—¡Magnífico! eso era lo que necesitábamos; de consiguiente á ella se os conducirá esta noche.

—No me habeis comprendido bien; lo que yo queria, era ir á dar una vuelta á mis posesiones.

—¡Ah! acabárais de esplicaros, ¿quién diablos habia de adivinar que vuestras posesiones se hallan al cabo del mundo?

—No; están en las fronteras de Picardia; á quince ó diez y ocho

leguas de aquí.

— ¡ Soberbio !

Charny estrechó cordialmente la mano del doctor, como para darle gracias por sus delicadas atenciones, y al anochecer del mismo día, aquellos cuatro lacayos á quienes tan inconsideradamente trató en la primera tentativa, cargaron con él acuestas, y lo condujeron á su carruaje, que lo esperaba en una de las puertas del palacio.

El Rey, que habia estado cazando toda la mañana, hallábase durmiendo la siesta. Charny vaciló algun tanto en marchar sin despedirse del monarca; decidióse, empero, á verificarlo á instancias del médico, el cual le prometió que lo disculparia con S. M., diciéndole, que lo exigia así su salud.

Antes de entrar en el carruaje, el enfermo no quiso perdonarse la dolorosa satisfaccion de mirar á los balcones de la cámara de la

Reyna. Nadie podia verlo. Uno de los lacayos que llevaba en la mano una antorcha encendida, iba alumbrando el camino, pero la luz de aquella no iluminaba los rostros.

Charny encontró en la escalera muchos oficiales, amigos y compañeros suyos, los cuales no pudieron notar nada, porque se les habia prevenido con tiempo á fin de que la partida no tuviese visos de una fuga.

Escoltado hasta el carruage por estos compañeros alegres y bulliciosos, el enfermo pudo fácilmente permitir á sus ojos sin riesgo alguno dirigirse á los balcones: los de la Reyna estaban iluminados con una luz viva y resplandeciente. S. M. se hallaba ligeramente indispuesta, y habia tenido á bien recibir á sus damas en la cámara de dormir.

Las ventanas de Andrea, opacas y silenciosas, ocultaban detrás

de los pliegues de las cortinas de damasco una muger angustiada y palpitante, cuyos ojos seguian sin ser vistos hasta los menores movimientos del herido y de su escolta.

El carruaje partió al fin, aunque tan despacio, que se distinguia perfectamente el ruido que á cada paso producian sobre las piedras las herraduras de los caballos.

—Si no es para mí, exclamó Andrea, al menos ahora tampoco es para nadie.

—Si al presente le da la gana de morirse, dijo el doctor regresando á su aposento, al menos no morirá ni en mi casa ni en mis manos. Vayan al diablo las enfermedades del alma! no es uno el médico de Antioco ni Stratonice para curar esa clase de dolencias.

Charny llegó sano y salvo á su casa. El doctor fue á visitarlo aquella misma noche, y lo halló tan

bien, que se apresuró á anunciarle que aquella seria su última visita.

El enfermo cenó una pechuga de gallina y una cucharada de almivar de Orleans.

A la mañana siguiente recibió la visita de su tío M. de Suffren, la de M. de Lafayette, y la de un mensajero que iba de parte del monarca. Otro tanto sucedió el día después, y luego nadie se volvió á acordar de que existia en el mundo.

A los ocho se hallaba en tan buen estado, que ya podia montar un caballo de acompasados movimientos; por lo que pidió permiso al médico de su tío y al doctor Luis para irse á sus posesiones.

Este respondió en confianza que la locomocion era el último grado de los medicamentos de los heridos; que M. de Charny tenia una buena silla de postas, que el camino de Picardia era llano y terso como un

espejo, y que por lo tanto, el quedarse en Versailles, cuando tan bien y cómodamente podía viajar, sería una locura.

Charny hizo cargar de equipage y vitualla un gran furgon; despidióse del Rey, que lo colmó de bondades, rogó á M. Suffren que no dejase de ir de su parte á ofrecer sus respetos á la Reyna (la cual se hallaba enferma aquella noche y no recibia), y subiendo acto continuo en su silla de posta que le esperaba en una de las puertas de palacio, partió para la pequeña ciudad de Viller-Coterets, de donde debia dirigirse al castillo de Boursonnes situado á una milla de aquella ciudad, que hacian ya ilustre las primeras poesias de Demoustier.

DOS CORAZONES HERIDOS.

A la mañana siguiente al día en que la Reyna habia sido sorprendida por Andrea, cuando aquella huía de Charny, arrodillado á sus plantas, Mad. de Taverney entró como lo tenia de costumbre en la régia cámara á la hora del tocador de mañana y antes de misa.

Maria Antonieta no habia recibido aun visita alguna, y en aquel

momento acababa de leer un billete de Mad. de La Motte, lo cual la habia puesto del mejor humor.

Sencilla, austera, por decirlo así, en su trage, Andrea parecia una mensagera de desgracias. ¿Eran estas para ella ó para los demas?

Maria Antonieta hallábase en uno de aquellos dias de distraccion, tan comunes en ella, y por lo tanto no reparó en el grave y lento continente de la señorita de Taverney, en sus ojos amoratados, y en la blancura mate de sus manos y de sus megillas.

La esposa de Luis XVI se limitó á volver la cabeza únicamente para decirle con amistoso tono la frase habitual de:

— Buenos dias, chiquitina.

Andrea aguardó á que S. M. le deparase ocasion de hablar, segura de que su inmovilidad y su silencio conseguirian llamar la atencion de Maria Antonieta.

Así sucedió en efecto.

No recibiendo otra respuesta que una profunda inclinacion, volvióse la Reyna repentinamente, y al reparar en aquel semblante, herido de dolor y de amargura, exclamó:

— ¡Dios mio! Andrea, ¿qué es eso? ¿ocurre alguna desgracia?

— Si, señora; una gran desgracia, respondió la jóven.

— ¡Cómo!

— Me veo precisada á separarme del servicio de V. M.

— Separarte de mi servicio! ¿Conque quieres dejarme?

— Sí, señora.

— ¿Y á dónde? ¿Qué es lo que motiva esa determinacion tan precipitada?

— Señora... soy muy desgraciada en mis afectos....

La Reyna levantó la cabeza.

— En mis afectos de familia, añadió Andrea ruborizándose:

Ruborizose la Reyna á su vez,

y el fuego de las miradas de ambas se cruzó, produciendo un brillo semejante al que producirían dos espadas al chocar una con otra.

Maria Antonieta fue la primera que se repuso.

—No os comprendo, Andrea, dijo á la señorita de Taverney: si no estoy trascordada, ayer deciais que érais feliz.

—No señora, respondió aquella con firmeza: ayer fue uno de los días mas infortunados de mi vida.

—¡Ah! exclamó la Reyna, quedándose meditabunda.

Luego añadió:

—Esplicaos!

—Seria preciso para ello molestar á V. M. con pormenores indignos de ser escuchados por tan escelsa persona. Mi familia no me proporciona satisfaccion de ninguna clase: los bienes de la tierra no han sido criados para mí; vengo por lo tanto á pedir á V. M. licencia de retirarme de su

servicio con el objeto de cuidar de mi salud.

La Reyna se levantó de su asiento, y aun cuando semejante peticion no dejaba de mortificar su orgullo, acercóse á Andrea, y cogiéndola la mano, la dijo:

—¿Pero qué resolucion es esa tan repentina? ¿no teniais ayer tambien un padre y un hermano? ¿Os incomodaban estos por ventura menos de lo que lo hacen en el actual momento? ¿O me creeis capaz de no auxiliarnos en todo cuanto me sea posible, cuando os consta que soy una madre de familia para aquellos que carecen de ella?

Estremecióse Andrea al oir estas palabras, é inclinándose ante María Antonieta, la dijo temblando:

—Vuestra bondad, señora, me llega al alma; pero no es bastante para disuadirme de mi propósito: he resuelto firmemente abandonar la corte, porque tengo precision absoluta

de volver á la soledad; no me espon-
gais, pues, á que falte á mis de-
beres respecto á vuestra augusta
persona para cuyo servicio carez-
co ya de vocacion.

—¿Desde cuándo?

—Ruego á V. M. que no me
mande hablar mas acerca de este
asunto.

—Como gustéis, Andrea, repuso
con amargura la esposa de Luis XVI;
parecíame, sin embargo, haberos da-
do bastantes pruebas de confianza,
para creerme digna de la vuestra;
pero veo que me he equivocado, y
no insisto mas en el particular: al
que no quiere hablar es una locu-
ra el pretender obligarle á ello. Guar-
dad, pues, señorita, vuestros secre-
tos, y sed mas feliz lejos de mi lado
que lo que aqui lo habeis sido. Lo
único que me resta advertiros es
que mi amistad es superior á los
caprichos de las personas á quienes
la profeso, y que jamás dejaré de

consideraros por lo tanto como una amiga. Ahora, Andrea, podeis hacer aquello que mas os plazca; marchaos si quereis: sois libre.

Andrea hizo una reverencia profunda, y echó á andar hacia la puerta, desde donde se detuvo al oir que Maria Antonieta la preguntaba :

—¿ A dónde os dirigis ?

— A la abadía de San Dionisio, señora.

— ¡ A un convento ! está bien, señorita, está bien ; quizás creereis que obráis perfectamente, y que nada teneis de que arrepentiros ; pero aun cuando no fuera mas que vuestra ingratitud hácia una amiga como yo, seria lo bastante : muy culpables sois para conmigo, Andrea ; idos, pues, idos.

La señorita de Taverney aprovechó el permiso de la Reyna, y sin dar lugar á otras esplicaciones con las cuales contaba el buen co-

razon de S. M., salió de la régia cámara sin humillarse y sin enterne-
cerse.

Maria Antonieta vió de allí á un instante que la señorita de Taverney abandonaba en efecto el palacio, desde el cual se dirigió á casa de su padre, en cuyo jardin, segun lo habia presumido, encontró á su hermano Felipe.

El hermano estaba entregado á sus ilusorios ensueños y á sus meditaciones, sin atreverse á adoptar ningun partido; la hermana por el contrario habia tomado el suyo, y puéstolo al instante en ejecucion.

Al ver á Andrea á quien el servicio debia retener á aquella hora en palacio, adelantóse hácia ella Felipe con visibles muestras de sorpresa y hasta de temor.

Este fue creciendo de punto, cuando echó de ver el contristado semblante de su hermana, la cual jamás se habia hasta entonces acer-

cado á él sin manifestar en los labios una sonrisa que revelaba la amistad mas tierna. Asi es que se apresuró á dirigirla una porcion de preguntas, á las cuales contestó la señorita de Taverney, anunciándole que acababa de dejar el servicio de la Reyna, que su dimision habia sido aceptada, y que se disponia á irse á un convento.

Felipe de Taverney se apretó las manos convulsivamente á guisa de un hombre que recibe un golpe inesperado, esclamando:

— ¡Cómo! ¿vos tambien, hermana mia? ¡vos tambien!

— ¿Qué quereis decir?

— Conque el contacto con los Borbones ha de ser una maldicion para nuestra familia! ¡vos obligada á profesar en un convento! ¡vos religiosa por gusto y por inclinacion! ¡vos, la menos mundana de las mugeres y la menos capaz de obediencia á las leyes del aceticismo! Vea-

mos , hermana mia , veamos ; ¿ qué es lo que os ha hecho la Reyna ?

— Nada, Felipe , nada , respondió la jóven con glacial acento ; vos , que tantas veces habeis gozado de favor en la corte , y que teniais motivos para poder proseguir contando con él con mas fundamento quizás que ninguna otra persona , apenas pudisteis no obstante permanecer en ella nunca mas de tres dias ! Yo Felipe he vivido en palacio tres años !

— ¡ Ah ! ya caigo : la Reyna es caprichosa algunas veces...

— Justamente , Felipe , eso es ; vos que sois hombre , podriais sufrirselos quizás ; pero yo soy muger , y no quiero ni debo pasar por ellos ; si quiero tener caprichos ; que los tenga con sus criadas.

— No os diré lo contrario , hermana mia ; pero eso no me explica claramente el motivo que os ha dado la Reyna para obligaros á dejar

su compañía.

—No me ha dado ninguno, absolutamente ninguno; ¿cuál tuvisteis vos para hacer otro tanto, Felipe? ¡Oh! esa muger es una ingrata!

—Es preciso ser indulgentes con ella, Andrea; la adulacion y la lisonja la han echado un poco á perder; convengo en ello; pero en el fondo es buena.

—Pruébalo de una manera evidente lo que ha hecho con vos!

—¿Pues qué ha hecho?

—¿Lo habeis olvidado ya? ¡Oh! yo tengo mejor memoria: por eso me he decidido en un solo dia y con una sola resolucion á pagarle nuestras dos deudas, Felipe.

—¡Ah! y á buen precio! ¿no es verdad, Andrea?... Porque á vuestra edad y con vuestra belleza, no se renuncia tan fácilmente al mundo, sino me engaño. ¡Pobre hermana mia! Considerad que lo aban-

donais demasiado jóven, y que tal vez cuando querais regresar á él, no volveréis ya á encontrar á vuestros amigos, de los cuales os habeis separado por una locura.

— Eso mismo debia deciros yo, hermano mio, á vos, bizarro oficial, lleno de honradez y de passion, aunque tan indiferente á su renombre y á su fortuna, que alli donde otros ciento han sabido aglomerar riquezas y consideraciones, tan solo habeis sabido contraer deudas, y quedar postergado: guardad, pues, para vos vuestras reflexiones, y repetios mil veces al dia, que *ella* es una coqueta, una pérfida; por mi parte prefiero callar y obrar, separándome de su servicio. Como práctica de esta teoria, vos habeis renunciado al mundo sin haceros religiosa, y sin embargo, aquel de nosotros dos que se halla mas próximo á pronunciar votos irrevocables, no soy yo, aunque me es-

toy disponiendo para ello, sino vos, que los habeis pronunciado ya.

—Teneis razon, hermana mia, y á no ser por vuestro padre...

— ¡Nuestro padre! ¡Ah! Felipe, por Dios no hableis de esto, repuso Andrea con amargura; un padre debe ser el sosten de sus hijos, ó aceptar su apoyo: estas son las condiciones mas precisas de la paternidad: ahora bien; ¿es eso lo que ha hecho el nuestro? ¿Se os ha ocurrido jamás la idea de confiar un secreto á Mr. de Taverney? ¿Lo creeis capaz de llamarnos para hacernos confianza de los suyos? No, continuó Andrea, con una tristeza amarga y profunda: Mr. de Taverney ha nacido para vivir aislado en el mundo.

—Tal vez tengas razon, Andrea; pero no he nacido para morir solo.

Estas palabras pronunciadas con una dulce severidad, hacian ver á

la jóven ostensiblemente que daba demasiado cabida en su corazón á la cólera, á la irritacion y á los rencores que abrigaba contra el mundo.

—Sentiría mucho, hermano mio, respondió esta despues de un momento de pausa, que me creyérais una hija desnaturalizada: demasiado sabeis la ternura que como hermano os profeso, para albergar por un instante tal presuncion; pero no desconocereis tampoco que todos se han conjurado para matar en mí el instinto simpático que les correspondia. Dios me dotó al nacer, como á todos, de un alma y de un cuerpo, de los cuales toda criatura humana, puede disponer para su felicidad en este mundo y en el otro. ¡Pues bien! un hombre á quien yo no conocia se apoderó de mi alma; este hombre fue Bálsamo. Otro hombre á quien conocia apenas, y el cual no lo era para mí, se apode-

ró de mi cuerpo: este hombre fue Gilberto. De consiguiente, Felipe, os lo repito; para ser una buena y piadosa, no me falta mas que un padre. Ahora hablemos de vos; examinemos los bienes que os ha reportado el servicio de los grandes de la tierra, á quienes todavía conservais apego.

—Es escusado, repuso Felipe, bajando la cabeza: los grandes de la tierra no han sido considerados por mí sino como mis semejantes; si los amo es por cumplir con un divino precepto. Dios ha dicho al hombre: ama al próximo como á tí mismo.

— ¡Oh! Felipe, en este valle de lágrimas rara vez acontece que el corazon querido corresponda directamente al que le ama. aquellos que escojemos suelen por lo regular escojer otros.

Felipe alzó su frente pálida al oír espresarse á su hermana en es-

tos términos, y permaneció contemplándola largo rato sin manifestar otra espresion que la de la sorpresa.

—¿Por qué me dices eso, hermana mia? ¿á qué conducen vuestras palabras? le preguntó de allí á un instante.

—A nada, á nada, respondió generosamente Andrea, retrocediendo ante la idea de hacer una confianza á su hermano. Yo creo que mi razon se estravía, prosiguió de allí á un momento; no deis por lo tanto á mis palabras importancia alguna.

—Sin embargo.

—No hablemos mas de esto, hermano mio, repuso la señorita de Taverney aproximándose á Felipe y cogiéndole la mano. El objeto de mi viage no es otro que el de suplicaros que me acompañeis á un convento; he elegido el de San Dionisio: conducidme á él, y no te-

mais que vaya á pronunciar eternos votos: eso en caso será mas tarde; por ahora no busco en ese sagrado asilo lo que van á buscar á él la mayor parte de las mugeres; á saber, el olvido de sus penas; yo por el contrario voy á procurar y á pedir memoria, porque estoy en la creencia de que me he olvidado demasiado del Señor, único amo verdadero, único Rey, único consuelo y único arbitrio de las penas y goces de este mundo. Al aproximarme á su divina Magestad, hoy que empiezo á comprender su bondad y su omnipotencia, lo hago en la persuasion de que voy mas derecha al término de mi felicidad, que si todo cuanto hay aqui bajo de grande, rico, fuerte, poderoso y espléndido, se reuniese para procurarme una vida dichosa. Busco la soledad, hermano mio; la soledad, ese vestíbulo de la bienaventuranza eterna!.... En la soledad habla Dios al

corazon del hombre, y las plegarias del hombre llegan hasta el corazon del Eterno.

—Debo deciros, Andrea, replicó Felipe, deteniendo á su hermana con el gesto, que yo me opongo moralmente á ese designio extremo, á pesar de que os obstinaís en no hacerme juez de las causas que motivan vuestra desesperacion.

—¡Desesperacion! repitió Andrea con ademan de profundo desprecio: no, á Dios gracias, hermano mio: ¿sentir yo de una manera desesperada? ¡No! ¡mil veces no!

Y con un movimiento de fiereza salvaje se echó sobre los hombros el manto de seda que habia dejado poco antes en un sillón inmediato.

—Por el esceso mismo del desden que manifestais, repuso Felipe, conozco que no puede ser en vos duradero: no insistiré, Andrea, por lo

tanto en aplicar al sentimiento que os domina la palabra desesperacion; pero sí la llamaré despecho.

— ¡Despecho! replicó la jóven modificando su sonrisa sardónica con otra de orgullo: no creais, Felipe, tan poco fuerte á vuestra hermana que sea capaz de ceder á nadie el campo en este mundo por despecho. Esa pasion es peculiar tan solo de las coquetas y de las mugeres de cortos alcances. Los ojos que llegan á encenderse de despecho, se humedecen pronto con las lágrimas, y el incendio se extingue. No, no es eso lo que siento yo, hermano: para que lo creais, no necesito mas que interrogaros lo que haríais vos en circunstancias análogas á las mías. Y sino, decidme; si mañana ú otro dia os retiráseis vos á la Trapa ó á la Cartuja, ¿qué nombre le daríais á la causa que motivase vuestra resolucion?

— La llamaria una pena incurable,

hermana mia: respondió Felipe con la dulce magestad de la desgracia.

—Perfectamente; ved ahí una palabra que me cuadra á mí como de molde, y que no vacilo en adoptar. Una llaga, una pena incurable es la que me impele á apetecer la soledad y huir del mundo.

—Bien está, respondió Felipe: así seremos iguales en un todo; en la dicha, y en la adversidad. Esta total semejanza es propia de las buenas familias, Andrea.

La señorita de Taverney esperaba que su hermano, impelido por una nueva emocion, tratase de vencerla por distinto rumbo, y quizás, al sondear su corazon inflexible temió que se habria ablandado á los ruegos de la amistad. Pero Felipe sabia por esperiencia que las grandes almas se bastan á sí solas, y dejando á Andrea en el atrincheramiento que habia escogido, se limitó a

preguntarle:

—¿Cuándo quereis que partamos?

—Mañana, hoy si aun es tiempo.

—No quereis dar antes conmigo un paseo de despedida por el parque?

—No, respondió Andrea.

Y por el apretón de manos con que fue acompañada esta negativa, conoció el jóven que si su hermana rehusaba, era tan solo por no esponerse á dejarse enternecer.

—En ese caso, prosiguió Felipe, estoy pronto para cuando me aviséis.

Y besando la mano de su hermana, se despidió de ella sin pronunciar una palabra mas, temiendo que se desbordase la amargura de su corazón.

Andrea, despues de hacer los primeros preparativos, se retiró á su cuarto, donde recibió la siguiente carta de Felipe:

«Creo que podriais ver á nuestro padre esta tarde á las cinco: paréceme indispensable el que os despidais de él, porque de lo contrario tendria razon para quejarse del abandono y mal proceder de su hija.»

Andrea remitió á su hermano esta contestacion.

«A las cinco en punto y con traje de camino me hallaré en la habitacion de Mr. de Taverney. A las siete podremos estar ya en San Dionisio. ¿Me concedereis, hermano mio, la gracia de dedicarme la noche?»

Felipe respondió á este billete, gritando desde su ventana, que estaba bastante próxima al aposento de la señorita de Taverney, para que esta pudiera oírlo:

—Enganchad los caballos para las cinco en la silla de posta!

UN MINISTRO DE HACIENDA.

El lector no deberá haber olvidado, que la Reyna, antes de recibir á Andrea de Taverney, habia leído un billete de Mad. de La Motte, cuyo contenido le arrancó una sonrisa.

Aquel billete contenia únicamente las siguientes palabras, precedidas de todas las fórmulas del mas profundo respeto:

—.....Y *Vuestra Magestad puede estar segura de que su crédito no se verá desairado, puesto que la mercancía le será entregada bajo la garantía de su fe.*

La Reyna, repetimos, se sonrió al leer estas palabras, y en seguida quemó la carta de Mad. de La Motte.

A los pocos instantes de haberse despedido de ella la señorita de Taverney, y cuando aun se hallaba impresionada de la tristeza que su visita le habia infundido, presentóse en la régia cámara Mad. de Misery anunciándola que Mr. de Calomne pedia permiso para ponerse á los pies de S. M.

Con permiso del lector, vamos á decir cuatro palabras acerca de este nuevo personaje, que si bien es muy conocido en la historia, como esta no dibuja con tanta exactitud como la novela las perspectivas ni los grandes rasgos que contri-

buyen á facilitar á la imaginacion detalles mas satisfactorios, no consideramos aquellas fuera de propósito.

Mr. de Calomne era un hombre de talento, y hasta de un talento verdaderamente superior, que, formando parte de aquella generacion de la última mitad del siglo, poco habituada á las lágrimas, aunque bastante racionadora, lejos de sustraerse de la desgracia suspendida sobre la Francia, mezclaba su interes con el interes comun, decia como Luis XV: «Despues de nosotros venga el fin del mundo,» y buscaban á todo trance flores con que engalanar un último dia.

Era además hombre versado en los negocios, y cortesano. Cultivó el trato de cuantas mugeres hubo en su tiempo notables por su riqueza, su talento ó su hermosura, rindiéndoles un homenaje parecido al que presta la abeja á las plan-

tas cargadas de azúcar y de aromas, y podia apostárselas á narrar con d'Alembert, á raciocinar con Diderot, á satirizar con Voltaire, y á meditar con Rousseau. Habia sido, en una palabra; bastante fuerte para poder reirse de la popularidad del mismísimo Necker; de aquel financiero sábio y profundo, cuya rendicion de cuentas sorprendió á toda la Francia, y el cual, observado en todas sus fases por M. de Calomne, fue puesto por este en ridículo á los ojos de aquellos que mas le temian. El Rey y la Reyna mismos á quienes el nombre solo de aquel ministro hacia estremecer, acabaron tambien por acostumbrarse, aunque no sin gran trabajo, á verlo escarnecido con los mas punzantes epigramas por aquel hombre de Estado de buen humor y elegante, que respondia á la inmensidad de números del financiero: ¿A qué diablos viene el pro-

bar que no se puede probar nada?

En efecto, Necker no habia probado mas que una cosa; la imposibilidad en que se hallaba de continuar al frente de la Hacienda, cuyo peso aceptó M. de Calomne como una carga ligera para sus hombros.

¿Qué queria M. Necker? Reformas; pero estas reformas parciales asombraban á todos los espíritus, porque con ellas eran pocos los que iban á ganar algo, y muchos los que perdian mucho. Asi es que cuando Necker trataba de repartir un impuesto equitativamente, cuando queria cargar algo sobre las posesiones de la nobleza y las rentas del clero, lo que hacia únicamente era indicar una revolucion imposible, fraccionar la nacion y debilitarla de antemano, cuando por el contrario era preciso concentrar todas sus fuerzas para conducirla á un estado general de renovacion.

Tal era el objeto que se proponia Necker: pero como hubo la poca habilidad de dejarlo traslucir, hizo imposible su ejecucion. Hablar de la reforma de un abuso á aquellos que no quieren ser reformados, ¿no es esponerse á su esposicion? ¿Se previene por ventura al enemigo sitiado la hora en que va á intentarse el asalto de la plaza?

Esto fue lo que comprendió perfectamente Calomne, dando en ello una prueba de interés por la nacion mas real y positiva que el del ginebrino Necker, porque respetando un hecho consumado, en vez de prevenir un mal inevitable, aceleraba la invasion del azote.

Su plan era osado, gigantesco, seguro, era arrastrar en dos años hacia la bancarrota al Rey y la nobleza, que por su parte la hubieran retardado diez, y despues de conseguido este resultado, decir: Ahora, ricos, dad para los pobres, porque

tienen hambre, y devorarán á aquellos que no les den de comer.

Esto supuesto, ¿en qué consistió que Luis XVI no comprendió las consecuencias de este plan ó el plan mismo? ¿Cómo es que aquel monarca que bramó de coraje al leer la rendicion de cuentas, no se estremeció al adivinar la idea de su ministro? ¿Por qué no escogió entre los dos sistemas, y prefirió el ir marchando á la ventura? He aquí la única cuenta que Luis XVI, hombre eminentemente político, tiene que ajustar con la posteridad.

Pero para que la venda que cubria los ojos del Rey llegase á ser tan tupida, para que la natural perspicuidad de la Reyna se mostrase tan ciega como la vista de su esposo respecto de la conducta del ministro, necesariamente debia haber algun motivo, y sobre este motivo la historia, ó la novela por mejor decir, es la que va á suministrarnos alguna luz.

Como hemos dicho, Mr. de Calomne se presentó en la cámara de la Reyna.

El sucesor de Necker era de buena presencia, de elevada talla, y de nobles modales: sabia hacer reir á las Reynas y llorar á las mugeres. Seguro de que María Antonieta lo habia llamado para alguna urgente necesidad, se presentó con la sonrisa en los labios, en vez de dar á su semblante un aspecto compungido, como hubieran hecho otros, para redoblar el mérito del servicio que iba á prestar á la esposa de Luis XVI.

María Antonieta por su parte recibió al ministro con bondad suma, haciéndole sentar, y entablado con él conversacion sobre mil cosas indiferentes.

— ¿Temos dinero, mi querido Calomne? le preguntó de allí á poco.

— ¡Bah! ¡pues no lo hemos de tener! ¡medrados estábamos sino!

respondió el ministro.

— Sois el primero que contesta así á las preguntas de esta especie, Mr. Calomne : preciso es confesar por lo tanto, que como ministro de Hacienda sois incomparable.

— ¿Qué suma necesita V. M. ? preguntó Calomne.

— Dignaos decirme antes, si os place, cómo os habeis arreglado para sacar fondos de donde Necker probaba tan bien que no [los habia.

— Mr. Necker tenia razon, señora, puesto que el dia de mi subida al ministerio, que fue el 3 de noviembre de 1783 (semejentes cosas no se olvidan nunca), al visitar el Tesoro público, solamente encontré en él dos talegos con mil doscientas libras : ni franco mas, ni franco menos.

— ¿ Y bien, y qué ? preguntó la Reyna, echándose á reir.

— Que si Mr. de Necher, en lugar de decir : No hay dinero, se hu-

biera puesto á buscar quien se lo prestára, como lo he hecho yo, pidiendo cien millones en el primer año, ciento veinte y cinco en el segundo, y ochenta que pediré, Dios mediante, en el tercero, Mr. Necker hubiera sido un verdadero hacendista: lo demas es ser un badulaque; todo el mundo sabe decir: No hay dinero en la caja. Pero lo que no sabe todo el mundo, es contestar: Tengo dinero.

—Eso mismo es lo que yo decia, y por lo que os felicitaba, Mr. Calomne; pero, ¿y respecto al pago de esos empréstitos?

—Eso mismo es lo que yo decia, y por lo que os felicitaba, Mr. Calomne; pero, ¿y respecto al pago de esos empréstitos?

—En vos descanso, repuso la Reyna; pero prosigamos, si os place, hablando de Hacienda, porque á decir verdad, es una ciencia tan llena de interés y de atractivo, tra-

tada por vos , como árida cuando conversase de ella con otros.

Calomne se inclinó con ademán de respetuosa gratitud.

—Veamos , mi querido ministro, ¿teneis en el magin algun nuevo proyecto? prosiguió preguntándole María Antonieta: si así es, dignaos comunicármelo.

—Cierto que sí; tengo una idea que producirá para el bolsillo de los franceses mas de veinte millones, y siete para el de V. M.; perdonadme , para las arcas reales, quise decir.

—Sean bien venidos aquí y al bolsillo de los franceses. ¿Y por dónde ha de llegar?

—Vuestra Magestad no ignora que la moneda de oro no tiene el mismo valor en todos los Estados de Europa.

—Cierto que no; el oro de España, por ejemplo, tiene mas quilates que el de Francia.

— Tiene mucha razon V. M., y sin lisonja, me atreveré á decirle que da gusto hablar de estas cuestiones con personas tan augustas, cuando las comprenden tan bien. En efecto, señora, el oro español vale de cinco años á esta parte diez y nueve adarmes mas en marco que el francés. De modo, que los que esportan oro de Francia á España ganan el valor de catorce onzas de plata, con poca diferencia.

— Lo cual es una ganancia considerable, dijo la Rcyna.

— Tanto, continuó el ministro, que si los capitalistas supiesen lo que yo sé, no quedaria dentro de un año en Francia ni un solo Luis de oro.

— ¿Y vos os proponeis impedir eso?

— Inmediatamente, señora: al efecto voy á alzar el valor del oro á quince marcos, cuatro onzas, y cinco adarmes de beneficio, con lo cual

comprenderá V. M. perfectamente que no quedará ni un solo Luis en arcas, así que se sepa que este beneficio resulta en favor de los tene-dores. Despues se refundirá la mo-neda, y en el marco actual de oro, que hoy tiene treinta luises, en-contraremos treinta y dos.

—Es decir, un beneficio presen-te, exclamó la Reyna: Es una idea magnífica, y no dudo que llegará á hacer furor.

—Así lo creo yo también, seño-ra, y me doy por de pronto el pa-rabien de que merezca la aprobacion completa de V. M.

—Procurad, Mr. de Calomne, que se os ocurran muchas por el estilo, y estoy bien segura que lograis pagar todas vuestras deudas.

—Con permiso de V. M., pro-siguió el ministro, voy á pregun-tarle por segunda vez la suma que quiere.

—¡Cómo! ¿Seria posible, caba-

llero, que tuviésemos dinero en este instante?...

—¿Qué cantidad desea V. M?

—¡Oh! quizás una exorbitante...

Calomne se sonrió de una manera que infundió aliento á María Antonieta.

—Quinientas mil libras.

—¡Ah! respiro; V. M. me acaba de dar un miedo atroz, porque me ha hecho creer que se trataba de una cantidad seria.

—¿Conque segun eso, podreis facilitármela?

—Cierto que sí.

—Sin que el Rey...

—¡Ah! eso sí que no es posible, señora: debo decir sin embargo á V. M. que aun cuando todos los meses someto mis cuentas á la aprobacion de vuestro augusto esposo, hasta el presente no ha habido ejemplar de que me haya echado abajo ni una sola partida, ni aun siquiera de que las haya leído: confianza que á la

verdad me honra en extremo.

—De modo que podré contar con esa suma para él.....

—¿Para qué día la necesita V. M?

—Para el 5 del mes próximo.

—Las cuentas serán presentadas el 2: de consiguiente, señora, cuente V. M. con el dinero para el tres.

—Gracias, caballero Calomne.

—Mi mayor placer será siempre el hallar ocasiones en que poder manifestar á V. M. mi deseo de agradarla. Ruego á V. M. por lo tanto que no se ande con mi caja en consideraciones, puesto que esto será la mayor prueba que podreis dar á vuestro ministro de Hacienda de vuestro real aprecio.

Y levantándose, al pronunciar estas palabras, saluda á la Reyna, la cual le dió á besar su mano, diciéndole :

—Una palabra mas, Mr. de Ca-

lonne.

— Decid, señora.

— Esa cantidad me causa un remordimiento.

— ¡Un remordimiento!.... ¿cuál?

— El de invertirla en satisfacer un capricho.

— Tanto mejor, señora, respondió Calonne: así resultarán beneficios de ese dinero para nuestra industria, nuestro comercio, ó nuestros placeres.

— A decir verdad, no habia yo caído en ello, murmuró la Reyna: gracias una y mil veces por la excelente manera que os dais para consolarme.

— ¡Pluguiera al cielo, señora, que no tuviéramos nunca otros remordimientos que los que aquejan á V. M!: estoy seguro de que iríamos entonces derechos al Paraíso.

— Sin embargo, señor de Calonne, ya comprendereis que no podría menos de ser muy cruel para

mí el hacer pagar mis caprichos al pobre pueblo.

—¡Bah! Deseche V. M. semejantes escrúpulos, repuso Calomne, acompañando sus palabras con la misma siniestra sonrisa: os juro, que no será el pueblo quien los ha de pagar.

—¿Por qué? preguntó la Reyna con sorpresa.

—Porque el pobre pueblo no tiene nada, respondió el ministro imperturbablemente, y al que no tiene el Rey lo hace libre.

Y volviendo á saludar á la Reyna, salió de la régia cámara.

ILUSIONES ENCONTRADAS, Y SECRETO
PERDIDO.

Escasamente habria llegado Mr. Calomne á la galería, cuando una mano presurosa llamó ligeramente á la puerta del tocador de la Reyna.

Era Mad. de la Motte que se presentó á Maria Antonieta, para decirle:

— Señora, ahí está.

— ¿Quién? ¿el Cardenal? pregun-

tó la Reyna, un si es no es sorprendida de aquel modo misterioso de anunciar, que en boca de una mujer significaba tantas cosas.

Pero antes de que hubiese tiempo para añadir otra palabra, Juana habia introducido ya en el régio aposento á Mr. de Rohan, y pedido permiso para retirarse, estrechando á hurtadillas la mano del protector protegido.

El príncipe se detuvo á tres pasos de distancia de la Reyna, á quien saludó con todos los requisitos de la etiqueta cortesana.

Maria Antonieta comprendió toda la delicadeza de aquel profundo respeto, y no pudo menos de agradecerlo interiormente: asi es que tendiendo su mano al Cardenal, que todavía no habia osado levantar la vista hacia ella, le dijo:

—He sabido, caballero, un rasgo de vuestra parte, que borra para mí muchas de vuestras faltas.

—Permítame V. M., dijo el príncipe temblando de verdadera emocion, que la asegure de que las faltas á que V. M. alude, quedarían bien atenuadas con una ligera y breve explicacion.

—No os prohibo yo que os justifiqueis, replicó la Reyna con dignidad; pero advertid, señor Cardenal, que todo cuanto pudiérais decirme, no haría mas que lanzar una sombra sobre el amor y el respeto que profeso á mi pais y á mi familia: para disculparos, tendríais precisamente que ofenderme de nuevo, y eso es necesario evitarlo á todo trance: no toquemos, pues, á ese fuego mal estinguido, cuyas cenizas podrían quemar aun vuestros dedos ó los míos. Preferible es para mí considerados bajo el nuevo aspecto de abnegacion, respeto y adhesion con que hoy volveis á presentaros...

—Respeto y adhesion, señora, que no acabarán sino con mi muer-

te, dijo el Cardenal interrumpiendo á la Reyna.

—Sea en buen hora: pero hasta el presente, repuso sonriendo Maria Antonieta, no necesitamos, á Dios gracias, de que lleveis vuestra abnegacion tan allá: basta con que esteis dispuesto á arrostrar por mi vuestra ruina. ¿Qué decis á esto, señor Cardenal? ¿tendriais valor para ello? Pero, felizmente no habrá necesidad ni de esto tampoco, porque tengo mis asuntos en buen orden: por lo tanto vivireis, y no tendreis precision de arruinaros, á menos que, como dicen por ahí malas lenguas, no os arruineis por cuenta propia.

—Señora...

—¡Bah! Esos son asuntos vuestros: con todo, y puesto que ya hemos vuelto á ser buenos amigos, quiero daros un buen consejo, Cardenal: Sed económico; esa es una virtud pastoral, que os acarreará

tambien el afecto del Rey, el cual de seguro os querrá mas siendo económico que pródigo.

— Por complacer á V. M., me creo capaz de hacerme avaro.

— El Rey, repuso la Reyna con maliciosa sonrisa, no gusta de los avaros tampoco.

En ese caso, seré lo que V. M. quiera que sea; interrumpió el Cardenal con un acento apasionado, que no le fué posible encubrir.

— Decia, pues, prosiguió la Reyna, desentendiéndose de las palabras del Cardenal, que no habrá necesidad de que os arruineis por mí. Esto no obstante, y aun cuando, á Dios gracias, tengo lo suficiente para salir airosa de mis empeños, os estoy muy agradecida á la generosidad con que os habeis prestado á garantizarme, y os ruego que no os ocupeis mas de este negocio, el cual correrá enteramente de mi cuenta asi que háyamos satisfecho el primer

plazo.

— Bien está, señora, permítame empero V. M. que le diga, que para que el asunto quede enteramente terminado, resta que os haga entrega de la alhaja.

Y así diciendo, sacó del bolsillo el estuche que contenia el collar, y lo presentó á Maria Antonieta, la cual en el hecho mismo de no ponerse á contemplarlo en aquel instante, demostró cuán grande era su curiosidad por verlo.

El Cardenal dirigió en seguida á la Reyna algunas frases galantes, que fueron muy bien recibidas, y con todo el tacto posible procuró despues insistir en el interrumpido punto de su reconciliacion.

Pero como la esposa de Luis XVI se habia empeñado en no contemplar los diamantes delante del príncipe, y ardia en deseos de abrir el estuche, escuchó á aquel con distraccion muy notable, y distraida tambien

le abandonó su mano, que el Cardenal besó con trasportes de gozo. Despues de lo cual pidió Mr. de Rohan permiso para retirarse, y la Reyna se lo otorgó con toda la benevolencia que el lector puede presumir.

Tal fue aquella entrevista que cicatrizó las llagas del corazon del Cardenal, el cual salió de la régia cámara entusiasmado, ébrio de gozo y de esperanzas, y dispuesto á dar á Mad. de La Motte pruebas de un reconocimiento sin límites por la manera feliz con que habia conducido la negociacion.

Juana se hallaba esperándole en su carruage, que se había quedado á unos cien pasos de la barrera, y despues de pasado el primer arrebató de la gratitud del Cardenal, dijo á este con picaresca sonrisa:

— ¿Qué tal, monseñor? ¿Sereis un Richelieu ó un Mazarino? ¿Por qué lado os ha lisonjeado mas la

austriaca? ¿Por el de vuestra ambicion ó por el de la ternura? ¿Vais á decidiros por la política ó por la intriga?

—No os riais, querida condesa, repuso el príncipe; estoy loco de felicidad.

—Ya lo creo.

—Auxiliadme, y dentro de tres semanas obtendré quizás uno de los ministerios.

—¡Diantre! Dentro de tres semanas ¡es un siglo! Tened presente que el primer plazo del collar vence de aquí á quince dias.

—¡Oh! no os dé eso cuidado, condesa; cuando Dios se pone á repartir dichas, no es miserable; la Reyna tiene dinero y pagará; de modo que yo solo habré tenido el mérito de la intencion: mérito que es muy insignificante, porque bien sabe Dios que hubiera dado de muy buena gana las quinientas mil libras á trueque de haber obtenido la

reconciliacion.

— Tranquilizaos, monseñor, porque ó mucho me enñago, ó no os ha de costar gran trabajo el obtener ese mérito, replicó sonriendo la condesa. ¿Lo deseais mucho, señor Cardenal?

— Confieso que lo preferiria á todo; porque una vez obligada hacia mí la Reyna.....

— ¡Bah! Juraria que no habeis de tardar en gozar de esa satisfaccion: ¿estais preparado para ello?

— He mandado vender las posesiones que me quedaban, y empeñar para el año próximo mis rentas y mis beneficios.

— ¿Conque segun eso, ya teneis las quinientas mil libras?

— Las tengo en efecto; pero á decir verdad, no sé cómo mil demonios he de componerme despues de ese pago.

— ¡Bah! por de pronto, esclama-

mó Juana, tenemos á nuestra disposicion tres meses, y en ese tiempo sabe Dios lo que sucederá.

—Cierto que sí; pero es el caso que el Rey me ha mandado á decir que no contraiga mas deudas.

—¿Y qué? con un par de meses en el ministerio quedareis completamente redondeado.

—¡Oh! condesa...

—Bien está; quiere decir que si vos teneis escrúpulos, vuestros parientes no los tendrán, y punto concluido.

—Teneis razon, como siempre. ¿A dónde os dirigis ahora, condesa?

—Quisiera ir á ver á S. M. para saber el efecto que ha producido en ella vuestra entrevista.

—Perfectamente: yo por mi parte regreso á París.

—Hareis muy mal; no hay mejor táctica que la de no abandonar

nunca el terreno.

— Desgraciadamente tengo precisión de asistir á una cita que me han dado esta mañana antes de venir á Versalles, á la cual no me es posible hacer falta.

— ¿Una cita?

— Sí y bastante seria, á juzgar por el billete en que de mí la solicitan. Vedlo, condesa.

— ¡Ah! es letra de hombre.

Y echando la vista sobre el papel, leyó lo que sigue:

«Monseñor: hay una persona que tiene que hablar á Vuestra Eminencia acerca del cobro de una suma importante, y la cual se presentará esta noche en vuestro palacio de París para que le concedais la honra de darle audiencia.»

— ¡Un anónimo? apostaría cualquier cosa á que es algún mendigo.....

— No, condesa; un mendigo no

se espondria á ser apaleado por mis lacayos por jugarme semejante pasada.

—¿Lo creéis así?

—Así lo creo, y hasta, á decir verdad, se me figura que conozco esa letra.

—En todo caso, monseñor, parece que no hay un gran riesgo en recibir á personas que prometen dinero: á lo sumo, todo lo malo que puede suceder es que no lo paguen. Pasadlo bien, monseñor.

—Hasta la vista, condesa!

—¡Ah! se me olvidaba decir dos cosas.

—¿Qué?

—Una de ellas, que si por casualidad ingresase en vuestras arcas alguna suma crecida...

—¿De dónde ó cómo?

—Así..... algun fortunon inesperado..... algun tesoro...

—Ya os comprendo, picarilla; ¿es decir, que os llamais á la

parte ?

—No lo decia por tanto, monseñor.

—Ya se ve que sí; ¡pues no faltaba mas! ¿Y la otra cosa ?

—La otra es que no desmembreis las quinientas mil libras.

—¡Oh ! perded cuidado.

Y así diciendo, se separaron uno de otro con la mayor cordialidad, regresando el príncipe á París en una atmósfera de felicidades celestiales.

En efecto, la vida habia cambiado de aspecto para él hacia dos horas. Si no era mas que un enamorado, la Reyna acababa de concederle mucho mas de lo que se hubiera atrevido á esperar, y si era ambicioso, todavía debian ser mucho mas halagüeñas sus esperanzas.

El Rey, hábilmente conducido por su esposa, se convertiria en instrumento de una fortuna cuyos progresos nadie podria detener, y

al pensar en esto pululaban en la cabeza del príncipe Luis las ideas mas sublimes: creíase dotado de mas genio político que ninguno de sus rivales; soñaba con la cuestion de mejorar el estado de la Francia, y le parecia haber logrado ya reunir al clero con el pueblo para formar una de esas sólidas mayorías que duran largo tiempo en el poder, ó por el derecho ó por la fuerza.

Poner á la cabeza de este movimiento á la Reyna, á quien adoraba, y devolverla el afecto de sus súbditos, entre los cuales iba perdiendo gradualmente la popularidad, era el bello ideal de aquel prelado; sueño que una sola palabra de ternura de parte de Maria Antonieta podia convertir en realidad.

Y entregado á estas meditaciones aquel atolondrado magnate, renunciaba á sus fáciles triunfos; de mundano degeneraba en filósofo, y

de perezoso se convertia en un trabajador infatigable. Para los grandes caracteres nada hay mas fácil que cambiar la pálida inanición del desenfreno en el mas aplicado estudio. Mr. de Rohan, por consiguiente, hubiera podido hacer prodigios, estimulado por los poderosos móviles que se llaman amor y ambición.

En el instante mismo en que llegó á Paris, y deseando poner por obra los pensamientos que le habian ocupado desde que salió de la régia cámara, el Cardenal quemó todos los billetes amorosos que tenia en una gabeta, llamó á su mayordomo para tratar de establecer algunas economías, hizo que uno de sus secretarios le cortara las plumas con intencion de ponerse á escribir una memoria sobre la política de la Inglaterra, que la comprendia perfectamente, y cuando, despues de una hora de trabajo, empezaba á reco-

brar la posesion de sí mismo, un campanillazo fuerte le advirtió de que acababa de entrar en su palacio una visita importante.

Efectivamente, de allí á un momento presentóse un ugier en la puerta de su habitacion.

—¿Quien ha venido? preguntó el prelado.

—La persona que ha escrito esta mañana á monseñor.

—¿El del anónimo?

—Sí, monseñor.

—Pero esa persona tendrá probablemente un nombre. Preguntádselo.

El ugier salió del gabinete del Cardenal, y regresó de allí á un instante diciendo:

—Es el señor conde de Cagliostro.

—Que entre, dijo estremeciéndose el Cardenal.

El conde entró, y las puertas se cerraron detrás de él.

¡Gran Dios! exclamó el Cardenal; ¿qué es lo que veo?

—¿No es verdad, monseñor, dijo Cagliostro sonriéndose, que estoy muy poco cambiado?

—Pero ¿cómo es posible, murmuró Mr. de Rohan, que viva aun Mr. Balsamo, de quien se dijo que había fenecido en aquel incendio?

—Sí, monseñor; José Balsamo, conde de Fénix vive aun, y se halla mejor que nunca.

—Y entonces, caballero, ¿por qué no conserváis vuestro antiguo nombre?

—Por lo mismo que es antiguo, y porque tanto á mi memoria como á la de los otros trae recuerdos enojosos y tristes. En prueba de ello, decidme francamente, monseñor, si hubiérais dejado penetrar hasta vuestro gabinete á José Balsamo.

—Cierto que sí: ¿qué inconveniente podría tener en ello?

Y el Cardenal, cuya estupefac-

cion duraba aun, todavía no había ofrecido un asiento á Cagliostro.

—Eso consistirá, repuso este, en que vuestra Eminencia tiene mas memoria y honradez que todos los hombre juntos.

—Es que, francamente hablando, me hicísteis, caballero, en cierta época, un servicio de tal importancia.....

—¿No es verdad, monseñor, le interrumpió Bálsamo, que desde entonces acá apenas he cambiado, y que merced á mis gotas del licor de la vida estoy hecho todo un joven?

—No puedo menos de confesarlo así; y os diré por añadidura que sois un hombre verdaderamente superior, puesto que repartis liberalmente entre vuestros semejantes el oro y la salud.

—La salud..... no digo que no; pero en cuanto al oro... ¡oh! eso es otra cosa.

—Pues que, ¿no haceis ya oro?

—No, monseñor.

—¿Y porqué?

—Porque he perdido la última partícula de un ingrediente indispensable que mi sábio maestro Althotas me habia dado despues de su salida de Egipto: era la única receta de cuyo secreto jamás habia sido poseedor.

—¿Y él se la guardó?

—No..... es decir, sí; se la guardó, ó se la llevó al sepulcro; lo mismo da.

—¿Se ha muerto?

—Lo he perdido.

—¿Y cómo es que no prolongásteis la vida de ese hombre, siendo el que únicamente podia manifestaros el secreto de la indispensable receta? ¿Cómo no habeis hecho eso vos que os habeis sabido conservar vivo y jóven al través de tantos siglos, segun decís?

— Porque puedo todo cuanto quiera contra las enfermedades y las heridas ; pero nada contra el accidente que mata sin que se me llame.

— ¿ Y fué un accidente quien puso término á los dias de Althotas ?

— Debeis saberlo , supuesto que habeis sabido mi muerte.

— El incendio de la calle de San Claudio , en el cual desaparecisteis.....

— Mató solamente á Althotas ; ó mejor dicho , el sabio Althotas se habia cansado de vivir , y quiso morir.

— Eso es muy raro.

— No , sino muy natural. Yo mismo , ¿ no he pensado ya mil veces en acabar con mi vida ?

— Sí ; pero no lo habeis realizado.

— Porque escogí un estado de la juventud en que la buena salud , las pasiones y los placeres del cuer-

me proporcionan todavía algunas distracciones; pero Althotas habia escogido la edad de la vejez.

—Althotas debia haber hecho lo mismo que vos.

—No: era un hombre profundo y superior: entre todas las cosas del mundo, la única que ambicionaba era la ciencia; y la sangre imperiosa de la juventud, sus pasiones y sus placeres le hubieran distraido de su eterna contemplacion: monseñor, conviene estar siempre limpio de fiebre: para pensar bien, es menester absorberse en una soñolencia imperturbable. Un anciano medita mejor, mas fácil, mas profundamente que un jóven; pero si la tristeza llega á apoderarse de él, tiene ya que perder toda esperanza. Althotas ha sido víctima de su abnegacion por la ciencia. Yo vivo como mundano, y pierdo el tiempo, y no hago absolutamente nada. Soy una planta; no me

atrevo á decir una flor: pues no vivo; no hago mas que respirar.

—¡Oh! murmuró el Cardenal; al veros resucitado hombre nace de nuevo todo mi asombro: vuestra presencia hace que vuelva mi imaginacion al tiempo en que la energía de vuestras palabras y lo maravilloso de vuestras acciones aumentaba hasta duplicarlas todas mis facultades y realzaban á mis ojos el valor de la creacion y la criatura. Al veros me acuerdo de las ilusiones de mi juventud: ya os acordareis de que os presentásteis á mí hace diez años.

—Los dos hemos descendido mucho, monseñor: yo no soy ya un sábio, sino un filósofo, y vos no sois ya un jóven hermoso, sino un arrogante príncipe. ¿Os acordais, monseñor, de aquel dia que os prometia en mi gabinete, hoy renovado con tapices y alfombras, el amor de una muger cuyos

rubios cabellos habia consultado mi sonámbula.

El Cardenal se puso pálido y luego se ruborizó de repente: el terror y la alegría acababan de suspender sucesivamente los latidos de su corazon.

—Me acuerdo, dijo, pero confusamente...

—Vamos á ver, repuso Cagliostro; vamos á ver; aun puedo pasar por mágico: esperad á que me fije en esa idea.

Cagliostro reflexionó por un rato.

—¿En dónde está la jóven rubia, objeto de vuestras ilusiones amorosas? ¿Qué hace? ¡Ah! ¡cáspita! ya la veo: sí..... y vos tambien la habeis visto hoy: hay mas todavía; acabais de separaros de ella.

El Cardenal apretó con su helada mano su corazon palpitante.

—Caballero, dijo en voz tan baja que apenas la oyó el conde, por favor.....

—¿Quereis que hablemos de otra cosa? preguntó el adivino con mucha política: ¡oh! como gustéis, monseñor. Os ruego que dispongais de mí.

Y se echó con bastante soltura en un sofá, que el Cardenal no le habia presentado, sin duda por olvido, desde el principio de tan interesante conversacion.

FIN DEL T. VII.



28-4

The image shows the front cover of an antique book. The spine is bound in dark, worn leather with visible horizontal ridges. The main cover area is decorated with marbled paper featuring a pattern of green, brown, and reddish-orange circular and organic shapes. The marbling is aged and shows some wear and discoloration. A small, white, rectangular label is affixed to the lower-left corner of the cover, displaying the number '28-4' in a bold, black, sans-serif font.











**EL COLLAR
DE LA REYNA.**



VII.

BY JOHN

DE LA BECKE

THE